

*En este momento encontramos al P. Chaminade ocupado en arreglar las cuentas entre la Compañía de María y el Instituto de Hijas de María.*

*Hasta entonces se había hecho como en la familia, considerando al P. Chaminade, «como un padre, tanto en lo temporal como en lo espiritual», según la expresión de la cronista de los anales de las Hijas de María. La nueva Superiora general, Madre San Vicente, creyó que debía pedir la separación de los recursos del Instituto, a lo que el Fundador se prestó sin problema. Pero en el arreglo de cuentas no faltaron dificultades, precisamente porque no se había tenido hasta entonces una contabilidad en regla entre las dos familias religiosas.*

**599 bis. Agen, 23 de agosto de 1831**  
**Al señor Clouzet, Saint Remy**

(Orig. – AGMAR)

Por Burdeos me he enterado, mi querido hijo, de que usted envió al P. Caillet dos giros de 200 francos cada uno. Usted no me escribe: supongo que hace esfuerzos para poderme enviar alguna cantidad considerable, sabiendo la situación crítica en que estamos.

Estoy a punto de arreglar todas las cuentas con el Instituto de la Hijas de María. La operación está ya muy avanzada: pienso que nuestras cuentas respectivas se equilibrarán poco más o menos. Para terminar definitivamente, necesitaría saber todo lo que usted recibió en Saint-Remy de sor Leocadia, conocida a su entrada, creo, con el nombre de sor Emmanuel, —la que era responsable del internado en Amance—: ahora está en Acey. Si usted ha tenido relación de cuentas con sor Genoveva Prêtre, indíquemelo también. Páseme también la nota exacta o aproximada de los gastos que usted ha tenido por las religiosas de Rheinackern, sea para trasladarlas ahí, sea para hacerlas llevar a Gray, o quizá a Arbois. Si ha tenido gastos para las religiosas de Arbois o de Acey que no le hayan sido reembolsados, me pasa también la nota, y eso lo antes posible.

Supongo que el sr. Galliot habrá hecho llegar al P. Lalanne o a usted una copia al menos del importante documento que el sr. párroco de Courtefontaine acaba de remitirle. Es un extracto de los registros del Consejo real de la Instrucción pública, y el acta de la sesión del 23 de junio de 1829, a favor de la Escuela normal de Saint-Remy y de Courtefontaine. Si el P. Lalanne no la ha recibido, que se la pida al sr. Galliot: la necesita.

Escribo a nuestro pobre sr. Saumade. Está en el año de la llamada a filas. Este hombre se perderá, si no es bien llevado. Es muy difícil de guiar: hay que emplear una mezcla de severidad y de dulzura, de motivaciones religiosas y de amistad, lo cual no es fácil.

Imagine, mi querido hijo, todo lo que un corazón de padre podría decir a uno de sus hijos mayores tiernamente amado: tendrá entonces lo que siente mi corazón respecto a usted. Conozco su situación, y no olvido nunca tampoco que estamos en tiempos de revolución.



**S. 599 ter. Agen, 16 de agosto de 1831**  
**A la Madre Visitación, Agen**

(Copia – AGMAR)

Pensé, mi querida hija, que debía dejar pasar la hermosa fiesta de la Asunción sin ocuparme de nuestras cuentas. Acabo ahora de volverlas a ver y de contrastar los ingresos y los gastos, o como dicen los contables el *Debe* y el *Haber*. Antes de una liquidación definitiva, he creído que debía hacerle repasar el primer cálculo que usted ha hecho. He añadido a mi

cuenta algunos puntos que usted no podía conocer. He señalado algunos de la vuestra por las siguientes razones:

1º Los dos puntos de indemnizaciones, porque este punto no concierne a los bienes o ingresos de la comunidad, que es lo único de lo que aquí se trata; estas indemnizaciones estaban fuera de los bienes e ingresos dados a la comunidad; tendré que explicarme con los herederos como de un bien adventicio y que no entraba del todo en la fundación; no se podía haber previsto.

2º Ya le he explicado el punto de Sor Ana.

3º Examinando las cosas según la justicia, podrá ver que la pensión de 800 francos que pagaba la srta. de Maignol no era solo por consideración a las Hijas de María, sino por los lazos que existían entre nosotros; creyendo que yo hacía prácticamente todos los gastos en Burdeos y habiendo tenido ocasión alguna vez de ver la dificultad en que me encontraba, vio un medio de ayudarme así delicadamente. Hice la misma observación a la Madre Gonzaga, pero ella ha obviado la dificultad no respondiendo. Si mis observaciones sobre este punto no le convencen, queda todavía un medio de apreciar su verdad o su falsedad. Pero sería poco prudente utilizarlo.

En cuanto a los puntos de compensación, acepto gustosamente la primera compensación que usted anota de los gastos que su comunidad ha hecho por los hermanos de la casa de Agen en alimentación, lavado y cuidado de ropa, así como las provisiones que usted enviaba a Burdeos. Aunque todos estos gastos hayan sido siempre considerados como una buena obra, me parece bien que sean compensados y generosamente compensados.

Respecto a la segunda compensación, aunque sea extremadamente mezquina, acepto que incluya algunas módicas sumas que he recibido y que usted no ha reflejado en las cuentas. De las que yo puedo recordar, hay dos o tres porciones de la pequeña pensión del hermano de la pequeña Amada que creo que hice pagar al sr. Dardy por medio de la Madre San Vicente. He recibido también las dos primeras fracciones de la pensión de la pequeña Timée, 30 francos cada vez para Sor Ana Moncet. Creo que hay también fracciones hasta más de 4.000 francos.

Dejo pasar algunos puntos, aunque no recuerde nada, porque pienso que ha hecho el apunte sobre notas suficientemente claras para usted, por ejemplo, 2.000 francos de la madre María José Castéras que dice usted que fueron cobrados en Burdeos; en su primera cuenta, usted no apunta más que 1.500 francos de la madre Teresa, y dice que los 1.500 francos que anota le parece que provienen de su dote. Cuando hay duda sobre algún punto, hay que ponerlo como dudoso. Me detengo aquí, mi querida hija, y espero que con su respuesta podrá preparar una liquidación o balance de cuentas definitivo. No hablo de las cuentas que nos quedarán todavía en el nordeste de Francia y de los cuales le escribiré enseguida. No guardo copia ni de esta carta ni de las cuentas: le agradeceré que me las devuelva con su respuesta.

Le deseo la paz del Señor, el mayor de los bienes que conocemos.

Martes tarde, 16 de agosto de 1831.



*El P. Lalanne se había calmado un poco, pero el fondo de sus ideas no había cambiado. El P. Chaminade le trata siempre como a un enfermo, con miramientos infinitos, pero sin debilidad. Le escribe a Arbois, a la casa de las Hijas de María, a donde ya se ha visto que iba a dirigirse.*

**600. Agen, 22 de septiembre de 1831****Al P. Lalanne, Arbois**

(Orig. – AGMAR)

Su carta del 8 de este mes, muy querido hijo, ha hecho disminuir la angustia que me causaba la tardanza de su respuesta a la mía.

Recibí al mismo tiempo su Programa<sup>1</sup>. Sobre este último solo diré una cosa: la lectura, aunque haya sido rápida, hasta la geometría, me ha gustado mucho. Supongo que sentiré el mismo gusto cuando pueda leer la segunda parte: quizá entonces pueda hacerle algunas reflexiones útiles.

Ahora solo me ocuparé de su carta, escrita mientras Varsovia capitulaba.

«Yo no puedo ver las cosas –me dice usted, mi querido hijo–de distinta manera de como las percibe mi sentido íntimo: pero debo pensar y creo que podría ser infiel a “mi sentido íntimo”». – Las cuestiones que estamos tratando desde hace demasiado tiempo no son del dominio del *sentido íntimo*. El testimonio de lo que uno siente íntimamente es sin duda una de las fuentes de certidumbre, pero solo para todas las modificaciones interiores de nuestra alma. Si lo mira bien, verá que estas cuestiones no son tampoco del ámbito del testimonio de *nuestras ideas*: si fuese así, podríamos haber llegado a demostraciones matemáticas. Si usted siguiese un razonamiento más riguroso, sería más fácil responderle, y no tendríamos necesidad, ni uno ni otro, de emplear un mal tono.

Usted dice: «Debo pensar y creo que podría ser infiel a mi *sentido íntimo*». No entraré a considerar en absoluto si se puede ir en contra del sentido íntimo: siempre sería una gran desgracia serle infiel. El sentido íntimo es uno de los primeros motivos de la certeza que tenemos de nuestra existencia y de la existencia misma de Dios.

Usted me dirá quizá, mi querido hijo, que no doy el mismo sentido que usted quiere darle a una palabra, que expresa claramente su idea: se refiere usted sin duda a la *evidencia*. – Pero, mi querido hijo, ¿quién puede tener una evidencia de lo que no es sistemático? El gobierno de una casa, de una asociación, como el de los más extensos estados ¿no admite más que una fórmula? Para que la fórmula de usted fuese evidentemente la única verdadera, sería necesario que la gente a gobernar fuese siempre la misma, con las mismas costumbres, el mismo número poco más o menos, que tuviesen los mismos fines, los mismos medios, etc. Varios sistemas pueden ser razonables al mismo tiempo, y el autor de un sistema razonable no tiene derecho a decir que toda la razón está de su parte. Cuando un sistema de gobierno es presentado por una autoridad competente, la sumisión es obligatoria... Al principio de nuestras discusiones, yo temía que usted tomase el sesgo del P. Lamennais: ya le indiqué mi satisfacción cuando usted me aseguró lo contrario. Se puede ser un gran literato, muy erudito, tener un profundo genio, y ser poco lógico.

No hablo, mi querido hijo, de lo que las luces de la fe pueden añadir a las de la razón. Desde el principio, pareció que usted quería atenerse a las de la razón, como si tuviesen la misma fuente que las de la fe. – Habría querido responder a este pasaje de su carta pero me parecía que no estaba usted suficientemente sosegado. Siempre me ha hablado solo de razón: me he limitado a hablar también de razón... Cuando obedecemos, haciendo el sacrificio de la razón, no sacrificamos por eso la razón... Resumo lo más posible mis reflexiones; pensamientos

---

<sup>1</sup> Al final del año escolar, el P. Lalanne hacía realizar delante de los padres de sus alumnos, en los días que precedían a la distribución de premios, ejercicios escolares que permitían apreciar los métodos y los resultados. Estos ejercicios eran anunciados en un programa impreso, al que alude el principio de la carta del P. Chaminade. Se puede ver uno de estos programas en *l'Esprit de notre fondation*, III, n. 392.

de modestia y religión le han devuelto la calma; sentimientos de amistad y de interés por usted me han inspirado esas reflexiones a la lectura de su carta.

[Pero] todavía una palabra, mi querido hijo. La penetración de espíritu, que llega a veces hasta el genio, más o menos profundo, produce a veces, en los que están dotados de él, una cierta satisfacción de las propias ideas y concepciones, que les impide ver la incoherencia que hay a veces tanto en sus ideas como en sus concepciones: las defienden entonces con más calor que con el que un rico heredero defendería su patrimonio.

Apruebo totalmente, mi querido hijo, la decisión que ha tomado en la clasificación que ha hecho para el funcionamiento de su Establecimiento<sup>2</sup>. Tengo por principio, desde mi primera juventud, que cuanto menos gente del mundo se emplee, mejor van las cosas. Lo he experimentado hasta en la primera Revolución, en la que hacía poco más o menos lo que usted hace en Saint-Remy: no quiero decir que lo hiciese tan bien como usted, sino que quiero decir que cuanto menos tomaba del mundo para el servicio o para profesores y vigilantes, mejor iba todo...

En cuanto a la impresión que le causó «la docena de sotanas», que empezó siendo bien vista<sup>3</sup>, y al desánimo que le siguió, yo no experimento el mismo sentimiento. 1º No son el único fundamento de un Instituto religioso. 2º Aquí se puede decir: [*No hay que contarlos sino pesarlos*]<sup>4</sup>. Por poco peso que se encuentre, cuando salgamos de la Revolución –en el caso de que esté en los designios de la misericordia de Dios que salgamos–, bastaría el más reducido número, con la bendición de Dios, para poblar la tierra. 3º Si el Instituto es obra de Dios, Dios lo mantendrá: nos consumimos en esfuerzos y trabajos solo porque creemos que es la obra de Dios. Tengamos paciencia: pero cuidemos de no ir en contra de ella: si es la obra de Dios, ¡trabajemos en ella como Dios lo quiere y lo pide! [*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, dice el Señor*]<sup>5</sup>.

Bajando a algunos detalles, cuide de que el P. Curot y el sr. Guillegoz no se desanimen, sino que hagan verdaderos progresos en la virtud: en caso contrario, los perderá. – En cuanto al P. Jacquot, no le conozco muy bien: ni tan siquiera me acuerdo de lo que usted me ha dicho de él en algunas ocasiones. – Dejo en sus manos al P. Bouly: a este lo conozco bien<sup>6</sup>. – En cuanto al sr. Georges, me parece que haría usted bien invitándolo a que me escriba, me exponga sus sentimientos y defectos y me pida volver a Burdeos. No tenemos en Burdeos más que algunas plantas de buenos sujetos, pero ninguno formado. – El sr. Fontaine hace verdaderos progresos en la virtud, aunque podrían ser más rápidos: me propongo, si no cambia nada, presentarlo para recibir las Órdenes en Navidad. Es buen teólogo, estimado como tal en el Seminario mayor. – Creo que el P. Bersac entrará después de las vacaciones. – Tendremos finalmente algunos sujetos: pero tenemos que cuidarlos. – Cuide lo mejor posible al P. Chevaux; sobre todo haga de manera que su alma no esté reprimida: recuerde a menudo que es la espada la que estropea la funda, y no la funda la que estropea la espada.

Por fin llego al sr. Fridblatt. Me escribió de Saint-Remy el 15 de agosto, en respuesta, decía él, a mi carta del 29 de enero; según lo que puedo recordar, tenía serias dificultades. Aprovecha la ocasión para hablarme un poco de su conducta interior. Parece que, como usted dice, ha sido bastante regular; pero no parece que ha hecho ningún progreso en las virtudes, en la oración y en la enmienda de sus defectos. Me hablaba de su viaje a casa de sus padres. Respondí enseguida, y me quedé muy sorprendido al saber a principios de este mes que había pasado por Colmar: no se había preocupado de esperar mi carta. Después de haber dado sus consejos al sr. Luis Rothéa sobre los profesores que podría pedir tanto a Burdeos como a Saint-

<sup>2</sup> La organización de las clases en el centro.

<sup>3</sup> Los jóvenes eclesiásticos de Saint-Remy, de los que va a hablar a continuación en esta misma carta.

<sup>4</sup> *Non numerantur, sed ponderantur.*

<sup>5</sup> *Cogitationes meae non sunt cogitationes vestrae* [(Is 55,8)].

<sup>6</sup> El P. Bouly era un alma inquieta y problemática para los que le dirigían.

Remy, añadió que, tras ver a sus padres, iría a pasar unos días a Saint-Hippolyte. He escrito al sr. Rothéa lo que usted me había escrito sobre él y lo que yo le había respondido a usted; añadí que, si iba a Saint-Hippolyte, no se le debía dar más que hospitalidad, a no ser que tuviese el permiso para viajar de usted. – Usted me dice en su penúltima carta: «El sr. Fridblatt se ha quejado a algunos de que Saint-Remy era una república, puesto que había varios Jefes independientes unos de otros. A propósito de esto, el sr. Rothéa le invita a venir a Alsacia, asegurándole que en Saint-Hippolyte no están en república». Yo atribuí esas palabras a su carácter crítico y censor. Veo por la última carta de usted, que no es solo a él al que había que atribuir ese comentario *injusto* y desestabilizador, sino que se ha hecho proverbial en toda la casa, desde el sacerdote hasta el último criado: ¡y yo soy el único que no veo este desorden! Le agradezco su observación.

El capellán del convento de Arbois me ha parecido efectivamente muy *joven*, a juzgar por un pequeño número de actuaciones suyas que han llegado a mi conocimiento. Dudo que algunos momentos de conversación, que usted podría tener con cada religiosa en particular, suplan a lo que se llama un buen retiro: pueden incluso hacer disminuir todavía más la confianza que ellas tienen en él.

Ya he escrito al P. Rothéa que se prepare para dar el retiro en Saint-Hippolyte. Usted mismo verá que no hay razón suficiente para el intercambio que usted propone<sup>7</sup>. El P. Rothéa, dando el retiro en Saint-Hippolyte, puede hacer que surta efectos en todo el curso siguiente, y lo mismo usted dándolo en Saint-Remy. Además, el número de ejercitantes en una parte y otra es reducido. Puede usted hacer el retiro al mismo tiempo que lo da, puesto que parece que no tiene tiempo para hacerlo en solitario. Si el viaje de usted a París le impide expresamente darlo en Saint-Remy, tendrá que ser el P. Meyer quien lo dirija: para ello podrá servirse de algunos buenos libros... El viaje a París es una carga pesada. Le aseguro que siento mucho que tenga que hacerlo y que desearía con toda mi alma que fuese dispensado de él.

El último punto de su carta, sobre su interior, me conmueve mucho. Si usted estuviese realmente decidido a trabajar en su santificación y a hacer, para llegar a ella, todos los sacrificios que Dios le pidiera, yo le escribiría con mucho gusto, y de mi propia mano, todo lo que el Espíritu Santo se dignara inspirarme: pero antes desearía que hubiese calma dentro y fuera de usted. Si yo pudiese ir a Saint-Remy, lo haría más gustosamente todavía. Nada en el mundo sería costoso para mí con tal de ayudarle a ser todo de Jesucristo y a vivir de su Espíritu el resto de sus días. Todo el tiempo que usted viva para usted y de usted tiene que temer lo que decía un profeta a los judíos de vuelta de la cautividad de Babilonia: «Habéis sembrado abundante semillas y vuestras cosechas están arruinadas»<sup>8</sup>.

Las noticias políticas son cada vez más dignas de interés, tenga cuidado<sup>9</sup>... Cuando estaba acabando esta carta, he recibido su Prospecto. Yo creía que este año se iba a limitar a la introducción que encabeza su Programa: en mi opinión, bastaba para comenzar a actuar según sus planes. Estos cambios de Prospecto de un año a otro, ordinariamente no producen muy buen efecto en el público. No olvide tampoco que estamos en la Revolución. Estas breves consideraciones no me impedirán releer más atentamente su manuscrito y comunicarle nuevas reflexiones que haya suscitado en mí.

Termino aquí esta carta para aprovechar el correo de hoy. Responderé también a la carta del sr. Étignard incluida en el manuscrito del Prospecto... El silencio tan prolongado del sr. Clouzet me resulta muy penoso.

Le abrazo con mucho cariño, mi querido hijo, y deseo ardientemente que el Señor derrame abundantes bendiciones sobre usted y sus trabajos.

<sup>7</sup> El P. Rothéa en Saint-Remy y el P. Lalanne en Saint-Hippolyte.

<sup>8</sup> Ag 1,6.

<sup>9</sup> Estaban en los últimos días del gobierno Casimir Périer: la duquesa de Berry, en Vendée, seguía estando ilocalizable y los ejércitos de Francia obligaban a Holanda a abandonar Bélgica.

En la carta anterior, encontramos la primera mención a Juan Bautista Fontaine, una de las figuras más simpáticas de la historia de la Compañía de María.

Nacido en 1807 en Beauvais, Juan Bautista Fontaine siguió los cursos del Seminario menor y del Seminario mayor, y, habiendo manifestado el deseo de la vida religiosa, fue dirigido hacia la Compañía de María por el P. Gignoux, Superior del Seminario mayor y antiguo congregante de Burdeos.

El P. Chaminade lo admitió (1830), lo formó en la vida religiosa y no tardó en apreciar la valía de aquel que la Providencia le enviaba.

Promovido al sacerdocio por obediencia (1832), el P. Fontaine fue enviado poco después a Saint-Remy para suceder al P. Lalanne en la dirección del internado (1834).

El Capítulo general de 1845 lo nombró segundo Asistente del Superior general y siguió a Burdeos al B. P. Caillet, con el cual tomó parte en el doloroso conflicto que entristeció los últimos años del Fundador.

En 1856, el P. Fontaine añadió a su cargo la fundación del colegio de Saint-Jean-d'Angély, y después, en 1861, cuando la Administración de la Compañía de María fue trasladada a París, añadió la dirección de la Institución Sainte-Marie de la calle de Berry (transferida de la calle Monceau).

Acababa de predicar allí el retiro de primera comunión cuando, atacado por la escarlatina, sucumbió por la fuerza de la edad el 3 de junio de 1861.

El P. Fontaine tenía una talla un poco por encima de la ordinaria; su rostro lleno, regular, expresivo, de tez clara y poco coloreada, estaba enmarcado en unos cabellos negros, que empezaban a despoblarse en la frente y recaían en rizos por la espalda; tenía los ojos vivos y negros, la nariz recta y afilada, la boca grande y los labios fuertes, la voz sonora y simpática.

Dotado de una constitución robusta, la aprovechó para trabajar y gastarse sin reservas: tanto en Saint-Remy como en Burdeos, tras la oración de la noche, estaba despierto hasta bien avanzada la noche, lo que le permitía afrontar ocupaciones que hubiesen desbordado a cualquier otro. Efectivamente, en Saint-Remy, a las cinco horas de clase al día, juntaba el peso de la dirección, de las confesiones, de la predicación, y todavía encontraba tiempo para escribir y preparar interesantes obras dramáticas para las sesiones de reparto de premios: también aquí redactó, bajo la dirección del P. Chaminade, la última edición del *Manual del servidor de María*, con sus admirables páginas sobre las grandezas de la Santísima Virgen.

En Burdeos, a la responsabilidad de su oficio, añadía cursos de teología a los clérigos de la Compañía, un considerable ministerio de confesiones en la residencia y en las comunidades religiosas de Burdeos, y numerosas predicaciones en la Magdalena y en las parroquias. En el mismo Burdeos, reunió en encuentros a los principales directores de la Compañía y en 1856 les remitió el *Manual de pedagogía cristiana*. En 1859, consiguió con brillantez los títulos de licenciado en letras y licenciado en teología: su tesis de doctorado en teología acababa de ser aceptada cuando le sorprendió la muerte.

En las vacaciones, el P. Fontaine predicaba tres, cuatro y hasta cinco retiros. Sus pláticas eran claras y abundantes, bien estructuradas, ricas en doctrina, animadas de su soplo cálido y vibrante, apoyadas con un gesto amplio y potente; se sentía el espíritu de fe que le empapaba, el celo por la salvación de las almas que le inflamaba. Hablaba con una gran franqueza y gran libertad: nadie, desde el Fundador, había ejercido semejante influencia en las almas.

Además, el P. Fontaine alimentaba constantemente su palabra con la lectura y la meditación: en Burdeos, trabajaba asiduamente en la gran biblioteca con la que el P. Chaminade había enriquecido la Magdalena; en viaje, incluso en sus recorridos por la ciudad, se le veía invariablemente con un libro en la mano y leyéndolo atentamente; por encima de todo, leía y releía el Evangelio. Al final de una entrevista de dirección tenida con uno de nuestros sacerdotes, sacó de su bolsillo un librito que era el *Manual del cristiano* y le dijo: «En sus penas y en toda circunstancia, lea el Evangelio, léalo a menudo; siempre encontrará en él luz, fuerza y consuelo; yo lo llevo siempre conmigo y, en cuanto tengo un momento libre, leo algunos versículos; lea sobre todo el evangelio según san Juan».

En las entrevistas de dirección, nadie como él sabía abrir y ganar los corazones: lo merecía por su vida total de trabajo, de celo, de piedad, por su carácter abierto, alegre, jovial, ardiente y bondadoso, por su palabra sencilla, cordial y viril.

El P. Fontaine tenía hábitos de orden, limpieza, pobreza y sencillez en su persona y en todo lo que estaba a su uso. Era de una regularidad ejemplar y de una piedad edificante: siempre de rodillas en la oración, tenía la costumbre, cuando se encontraba solo, de recitar las oraciones vocales lentamente, vocalizando y a media voz, costumbre que conservó hasta su muerte, hasta tal punto que el P. Caillet tuvo que insistir para que no se impusiese este aumento de fatiga.

Según el B. P. Caillet, el P. Fontaine era un niño en la obediencia. Amaba también a la Compañía con un amor de hijo, siempre dispuesto a gastarse por ella, ofreciéndose en 1840 a introducirla en América, trabajando con dedicación por conseguir nuevos miembros para ella: fue también llorado por la Compañía, donde su recuerdo debe ser conservado como el de uno de sus mejores hijos. Su cuerpo reposa en el panteón de los Superiores en Merles.



*Al día siguiente de esta larga carta, el P. Chaminade vuelve a tomar la pluma y escribe de nuevo al P. Lalanne.*

**601. Agen, 23 y 25 de septiembre de 1831**  
**Al P. Lalanne, Arbois**

(Orig. – AGMAR)

No es más que ayer tarde, mi querido hijo, cuando salió de Agen una larga carta que le escribí. Le fue enviada a Saint-Remy porque en ese momento olvidé dirigirla a Arbois. Si usted hubiese marchado ya de Saint-Remy antes de recibirla, reclámela enseguida, aunque yo escriba al sr. Clouzet que se la envíe enseguida a Arbois si la carta se encuentra todavía en Saint-Remy. Pocas horas después de que saliese mi carta, en la que yo le decía lo penoso que me resultaba el silencio del sr. Clouzet, recibí noticias de él.

Le anuncié ayer que iba a releer con atención el manuscrito de su Prospecto. Lo he hecho y vuelvo a tomar la pluma para comunicarles mis impresiones.

Primera reflexión: Inutilidad del Prospecto. – Aunque este Prospecto contiene ideas excelentes sobre educación, no es útil después de la introducción que ha puesto al principio del programa: esta introducción es más que suficiente, junto sobre todo al Programa, para hacer ver que sigue un camino o un método propio.

Segunda reflexión: Inoportunidad de la publicación: Prospecto de usted el año pasado; Prospecto suyo también este año; Programa este año, que muy bien puede ser considerado como Prospecto: cambios que gustan generalmente muy poco. No habrá quien no tema otro cambio para el año próximo, si no es antes.

Tercera reflexión: Inoportunidad también en un tiempo de Revolución. – ¿Sabemos cómo acabarán las cosas? Y ¿quién lo sabe? Y si por enfermedad, por algún accidente o por algún suceso imprevisto, usted no pudiese estar al frente de esta nueva Institución, ¿quién la llevaría? ¿Habría que publicar de nuevo otro Prospecto? Otra cosa es si, poco a poco y sin trompetazos, suavemente va usted realizando su plan. Poco a poco se formarán profesores; el plan se consolidará, será autorizado; la experiencia lo confirmará, etc.

Cuarta reflexión: Peligros de la publicación. – Peligros en muchos aspectos: para usted, cuya consideración hay que conservar; para el establecimiento, cuya naturaleza es conocida; para los alumnos actuales, que saldrían perjudicados de una transición demasiado brusca. Si a estas consideraciones, une las de la tercera reflexión, sería muy posible que esta publicación fuese, no solo inútil e inoportuna, sino incluso nociva...

Usted podría presentarme, por su parte, grandes ventajas. Sin negarlas, me limito a la máxima de prudencia ordinaria, la de no hacer azaroso un asunto grave.

No desarrollo, mi querido hijo, estas reflexiones porque usted no lo necesita: he creído, sin embargo, que debía hacerlas porque sé que a usted le gusta que se le digan las razones de las cosas. Hubiera podido sacar otras razones de fondo incluso del mismo Prospecto: pero es inútil.

Añadiré solo [una palabra] y le rogaré que no inquiete al sr. Clouzet con reparaciones que no sean urgentes. Las urgentes son ya bastante considerables. El sr. Clouzet me dice que llueve en todas partes, que las losas están descolocadas o en mal estado, que eso supondrá un

gasto de al menos 1.200 francos. Todo nos obliga a no hacer más gastos que los estrictamente necesarios, e incluso, entre los necesarios, aplazar los que permiten [demora]. Usted mismo puede verlo y sentirlo.

Si pudiese salir un poco de las ideas en que parece que está concentrado, le pido por favor dos cosas, mi querido hijo: la primera, que no dé ocasión a hacer nuevos gastos; la segunda, que no haga imprimir sin tener el consentimiento de su Superior. Este no impondrá su propio criterio cuando se trate del fondo de los manuscritos a imprimir. Aunque el fondo del manuscrito actual del nuevo Prospecto no me gustó mucho en una primera lectura, hice sacar rápidamente otra copia para enviarla a Burdeos por el correo, y detuve el envío solo por la fuerza de las reflexiones que acabo de comunicarle.

Es posible que en una primera ojeada de mi carta, se equivoque sobre la expresión que empleo para distinguir las razones de no publicar. La que yo llamo la razón dada del fondo podría ser mejor si no fuese por la de la forma del prospecto, porque en el fondo todo lo que usted dice me parece bien. Pero ya es bastante, incluso demasiado, al menos para mí, que no desearía tener más que cosas agradables para decirle y usted no sabría [comprender] toda la pena que siento contrariándole. Para decidirme a ello, se precisa todo el imperio de la religión y de la amistad.

Viva, mi querido hijo, en una gran unión, al menos de caridad cristiana, con el sr. Clouzet. Aunque él sea independiente para ejercer sus funciones de Jefe de trabajo, no es independiente para la manera exacta y religiosa como debe cumplirlas. Toda su gente, en Saint-Remy, lo comprendería fácilmente si usted se lo explicase sin prevenciones: pero ¿cómo quiere que piensen de distinto modo que usted, cuando les habla con ese tono de seguridad? Y de aquí tiene que resultar la pérdida de confianza tanto en usted como en mí, al menos para un gran número. Siempre estoy queriendo acabar y lo necesito mucho, porque tengo mucha prisa, pero ahora acabo realmente y le estrecho cariñosamente entre mis brazos.



**602. Agen, 25 de septiembre de 1831**  
**Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Tres o cuatro horas después de haber escrito, mi querido hijo, al P. Lalanne la pena que sentía por el largo silencio de usted, recibí su carta del 13 de este mes.

El día 16 recibí una larga carta del P. Lalanne, fechada el día 8, pero salida de Vesoul el 11. Según esta carta, parece rendirse –pero solo por obediencia– en nuestras largas y penosas discusiones. He aquí lo que me dice de usted: «El sr. Clouzet se comporta desde hace algún tiempo de forma que hace tolerable mi situación. Vivimos como dos socios que se estiman, se quieren y se temen: veremos lo que dura...». Recibí, al mismo tiempo que su carta, el Programa impreso de los ejercicios del final de año. Respondí a todo el 22. Una vez terminada mi carta, recibí el manuscrito del Prospecto que él desearía imprimir enseguida para el próximo año. Le escribí ampliamente por ese mismo correo a Arbois, donde él debe estar al final de este mes. Termino mi carta poco más o menos así: «Le ruego que no inquiete al sr. Clouzet con reparaciones que no sean urgentes, etc.»

*Sigue el pasaje apuntado en la carta anterior:*

No guarde nada en su corazón; dígame siempre todo: dispone usted de medios abundantes para transmitirme sus cartas. Está bien que estas discusiones aparezcan poco al exterior, pero algo se trasluce, puesto que el [P. Lalanne] me dice que todos dicen abiertamente que Saint-Remy es una república. Sea lo que sea, usted haga siempre su deber,



tal como se lo he explicado, pero sin apartarse de los principios de la caridad cristiana y religiosa, principios que son necesariamente obligatorios. Tampoco debe apartarse de los principios de lealtad, consideraciones, deferencia y también sumisión que usted le debe en su conducta religiosa, en el ejercicio de sus funciones, en bien de la paz.

Si el P. Lalanne pide algunos gastos, aunque no sean muy necesarios, si no son muy altos ni continuos, hay que hacerlos, incluso con agrado. Por lo demás, tenga paciencia: pero que esta paciencia le sea provechosa ante Dios. Los tiempos son muy malos y pueden llegar a ser peores. Espero con paciencia los fondos que debe enviarme, es decir que trato de no impacientarme por el retraso, aunque las necesidades son cada vez más urgentes.

Me dice que había hecho anticipos a la casa de Arbois de 2.066 francos: pero no me dice si le han reembolsado ni cuánto. Su viaje a Rheinackern le ha podido costar de 60 a 80 francos: pero ¿no tuvo gastos para que las religiosas llegasen a Arbois? En cuanto a Sor Leocadia, ¿no ha recibido usted muebles? ¿Qué estimación ha hecho de su valor? Antes y después que las religiosas hayan ocupado la abadía de Acey, ¿no se han trasladado camas de Grey? ¿Cuántas se han trasladado? ¿Cuál es el valor de cada cama? Usted mismo ¿no ha hecho trasladar muebles de Saint-Remy? ¿Cuál puede ser su valor? ¿No ha corrido el gasto del transporte a cargo de Saint-Remy o de Gray, que viene a ser lo mismo para las cuentas que estamos haciendo? Hágame, por favor, un cálculo de todos esos objetos. Si no puede hacerlo con toda precisión, hágalo al menos por aproximación. Estoy a punto de terminar la liquidación entre el Instituto de Hijas de María y la Compañía. Esta cuenta es la última: envíemela lo antes posible. Ya le explicaré en otra ocasión con más detalle esta liquidación.

La sra. Perrin se ha marchado, según me dice usted, a Nimes y de ahí a Burdeos. ¿Qué podría hacer ella en Burdeos? Yo estoy en Agen, lo mismo que su hijo. Le voy a escribir a Nimes. No sé si la carta llegará a tiempo.

Cuide mucho al P. Chevaux; que reciba todas las ayudas que necesite.

Póngase un poco al corriente de los asuntos públicos: es necesario que haya alguien en la casa que sepa rápidamente lo que pasa.

No creo que, por el momento, deba usted contar con el sr. Seguin: quizá dentro de poco tiempo podamos decidirnos mejor. El sr. Seguin trabaja con su hermano para el Seminario mayor de Burdeos. Mientras tanto, podría usted informarme sobre su taller, tanto en la cuestión de material como de personal.

El sr. Saumade es llamado a filas este año; habría que ver el medio de conseguir una dispensa: quizá se podría lograr poniéndole al servicio de la Escuela normal. Todas nuestras miserables discusiones nos impiden ocuparnos de los asuntos corrientes, lo cual es bien penoso. En otra carta le hablaré del sr. Valincourt: mientras tanto ejerza sobre él toda la autoridad.

Termino, va a salir el correo. Que nuestra correspondencia en adelante sea más activa y más detallada. Le abrazo con mucho cariño.



*El sr. Galliot, director de Courtefontaine, había informado al P. Chaminade que se le exigía para ser titular de la Escuela normal el diploma de primer grado y que él, no sintiéndose capaz de sufrir las pruebas del examen, había pedido al sr. Silvain que se presentase en su lugar al Inspector de la Academia. El Inspector de la Academia había respondido al sr. Silvain que le convenía llevar el apoyo del P. Lalanne, ya «que el P. Lalanne era en este momento muy estimado por el sr. Rector; que en verdad al sr. Rector no le gustaban demasiado las sotas, pero que el P. Lalanne constituía una excepción, porque era un hombre de valía; que no teníamos nada que temer confiando nuestras necesidades al P. Lalanne; que este último haría ante el Rector más que ningún otro». De ahí, las cartas siguientes.*

**603. Agen, 29 de septiembre de 1831**  
**Al señor Galliot, Courtefontaine**

(Copia – AGMAR)

En su carta del 17 de este mes, mi querido hijo, se queja usted de que yo no haya respondido a su carta del pasado 9 de agosto, que me envió por medio del sr. Mémain. Le respondí casi inmediatamente, el 18 del mismo mes de agosto, a la dirección ordinaria de usted; no comprendo por qué no [la] ha recibido, y no guardé copia: sea lo que sea, voy a responder a la última.

En ambas cartas me habla usted de una decisión tomada el 23 de junio de 1829 por el Consejo real de la Instrucción pública, a favor de las Escuelas normales de Saint-Remy y Courtefontaine. Me dice el pasado 9 de agosto que el sr. párroco de Courtefontaine acaba de remitirle este documento importante. Sería necesario que me dijera cuándo y cómo ha recibido el sr. párroco de Courtefontaine este documento, que me enviara una copia exacta y que enviase también una copia o incluso el original a Saint-Remy, pero quedándose usted con una copia.

En lo que respecta al diploma de capacidad del primer grado, del que tiene usted necesidad, así como sus ayudantes, casi indefectiblemente, voy a escribir al P. Lalanne y enviarle el extracto de su carta que contiene la breve conversación entre el sr. Silvain y el sr. Inspector, aunque supongo que ya se lo habrá comunicado. Entiéndase con él para todo, para que todo transcurra tranquilamente.

En sustitución del sr. Claverie, le enviaré al sr. Bouveret que le conoce y a quien usted conoce: usted ha estado en casa de su padre. El sr. Bouveret enseñaba y estaba titulado antes de entrar en la Compañía. Desde entonces, ha seguido cultivándose y ha enseñado con éxito. Desde hace varios años da clase a los mayores en Agen. Está lleno de buena voluntad: es bastante bueno en canto; su voz es bella y fuerte. Podrá perfeccionarse con el sr. párroco de Courtefontaine, ayudarle en el ensayo de cantos cuando él lo juzgue conveniente, y reemplazarlo si hay un imprevisto. Él le llevará a usted el Método en el que hemos trabajado este verano. No he querido incluir en este Método nada que antes no hubiese sido experimentado: es lo que se va a hacer en este momento. El mobiliario de una clase de principiantes, compuesta por 150 niños, está casi acabado: se empieza hoy a instalar. El sr. Bouveret será testigo de todo, copiará mientras tanto el Método, y dará él mismo varias veces esta clase para comprender bien la aplicación del Método, etc.



**604. Agen, 19 de septiembre de 1831**  
**Al P. Lalanne, Arbois**

(Orig. – AGMAR)

Una tercera carta, mi querido hijo, desde la última suya.

Se trata de Courtefontaine. Es usted quien debe llevar a cabo la organización de este centro. Para una mayor rapidez, voy a hacer copiar para usted un extracto de la carta que el sr. Galliot acaba de escribirme y un extracto también de mi respuesta.

Le haré solo una observación. El sr. Rector de la Academia, así como los examinadores, no pueden pedir que un Jefe de Escuela normal responda sobre todos los puntos de la enseñanza primaria, de modo que tenga que mostrar sobre todos ellos, por ejemplo en escritura, una capacidad superior [a la que se precisaría] para obtener el primer grado. Los Jefes de las Escuelas normales deben ser hombres maduros, que, en general, hayan hecho sus

estudios secundarios, y que ordinariamente no han tratado de sobresalir en aquellas partes que dependen estrictamente de la enseñanza primaria. En caso contrario, se estaría obligado a poner en la Escuelas normales jóvenes que no tendrían suficiente autoridad para imponerla a los candidatos que se reuniesen...

El señor Ministro de Instrucción pública está muy en contra de lo que se reguló en la Ordenanza real de la institución de la Compañía de María: pero hay que plegarse hasta cierto punto [a sus exigencias], hasta que yo pueda ocuparme de ello. En realidad, un Ministro no puede determinar nada contra una Ordenanza real; pero, en tiempos de Revolución, se cuida poco de seguir los antiguos principios.

Tendría, mi querido hijo, muchas más cosas que decirle, pero será en otra ocasión. Le abrazo con mucho cariño.

**S. 604 bis. Agen, 1 de octubre de 1831**

**Al P. Caillet, Burdeos**

(Copia – AGMAR)

Hablando con el jefe de los baños de la calle Ségur, que lleva todos los asuntos de las damas de la calle Mazarin, y que en particular ha llevado el del alquiler de la casa en que viven, y que sabe perfectamente que se les ha alquilado solo el Nº 1 con el permiso de utilizar la antigua capilla o los Números 2 y 3 tal como estaban sin obligación de reparaciones, es imposible que él no lo recuerde, porque hemos sopesado mucho este punto y es él quien ha redactado el consiguiente contrato. Pienso que este señor, del que no sé el nombre, comprometerá a las damas a mantener su contrato y a no entrar en un proceso totalmente injusto. Si no es así, mándeme enseguida el proyecto de procuración que las Hijas de María tendrían que hacer.



**605. Agen, 4-6 de octubre de 1831**

**Al P. Lalanne, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Recibí, mi querido hijo, su nueva carta del pasado día 20, que contenía un plan de administración temporal para la obra de Saint-Remy. La he leído con agrado, porque, como todos sus escritos, contiene buenas ideas y abre un camino en este punto. Me serviré de ella cuando vuelva sobre los artículos de las Constituciones que se refieren al gobierno, así como sobre las observaciones que contendrá el *Manual de dirección* en relación a estos artículos.

Para tratar las Constituciones, estamos decididos a esperar a que se produzca alguna estabilidad en los movimientos de la Revolución. Y ¿por qué, mi querido hijo, no vamos a permanecer tranquilos, íntimamente unidos de mente y corazón? ¿Por qué, en los tiempos borrascosos en que estamos, introducir discusiones que suscitarían división de opiniones, quizá división de sentimientos, y nos impedirían, por tanto, trabajar con todas nuestras fuerzas en depurar y perfeccionar todo el personal de la Compañía? Si hay abusos, sobre todo en el espíritu de las personas, tratemos de reprimirlos con celo y prudencia: pero removamos lo menos posible; que no llamemos la atención, y sepamos tener paciencia. Es lo que digo y escribo a todas partes desde la Revolución de julio.

Pero quizá usted insista y me diga que hay grandes abusos en la administración de la obra de Saint-Remy. – Le respondo que los abusos no están en los elementos constitutivos de esta obra, sino en el modo de ejecución. Usted se figura que las cosas no van bien [según] nuestro antiguo plan porque usted ha concebido otro; efectivamente, de ordinario nosotros

estimamos y amamos nuestras concepciones como a un hijo único, y no puede haber nada mejor, nada razonable, nada sensato y ordenado más que este hijo único de nuestras concepciones: entonces vemos numerosos abusos, entonces todo es intolerable, entonces, etc.

Los elementos constitutivos actuales de la obra de Saint-Remy son buenos; no quiero decir que no podría hacerse mejor. El Superior tiene un ámbito de autoridad suficiente para mantener el orden, para granjearse la estima, el respeto y el amor de sus inferiores; suficiente para hacer el bien y un bien verdadero.

Pero, quizá añada usted, el sr. Clouzet no es todo lo sumiso que debiera. Respondo que los defectos de un responsable de Oficio deben distinguirse y no pueden ser atribuidos al Oficio. Los deberes prescritos al sr. Clouzet le dan una sujeción suficiente para el orden y la armonía que deben reinar en la administración. Si el sr. Clouzet carece de suavidad, humildad, docilidad y sumisión en el cumplimiento de los deberes de su Oficio, trabaje usted para que tenga esas virtudes, no con una autoridad dominante de Superior sino con todas las insinuaciones de la religión, en calidad de Jefe de celo, y verá usted que todo irá bien.

Los de Saint-Remy sentirían, unas veces unos y otras veces otros, necesidad de escribirme —como la sienten los de las otras casas de la Compañía—, si se les pusiese en condiciones de sentirlos, y sobre todo si tuviesen plena libertad para escribirme. En cuanto a los gastos de correo, no tendrían por qué aumentar mucho, si se toman las medidas adecuadas.

Doy el retiro al convento de Agen: le escribo solo a cortos intervalos, bastante distantes unos de otros; pero acabo de ocuparme más particularmente de usted durante la bendición del Santísimo Sacramento. 1º Veo bastante claramente que no podremos estar nunca de acuerdo si usted no entra seriamente dentro de sí mismo, si no toma unos días de verdadero y completo retiro independiente del que usted pueda dar y que no sería más que para usted solo. Si no puede hacerlo fácilmente en Saint-Remy, podría hacerlo en el Seminario mayor de Besanzón, donde se encuentran hombres muy respetables. Si no estuviésemos ya en estas fechas, le habría invitado a hacerlo aquí conmigo. Es posible que no pueda hacerlo antes de la reanudación de las clases: pero cuando todo esté en orden, podría hacer una escapada. Sin duda, su ausencia creará molestias; pero pronto se verán compensadas cuando usted se convierta en un hombre nuevo. Cuide de no llevarse ninguno de los despojos del hombre viejo.

2º Veo que el sr. Clouzet ha decaído terriblemente de su primer estado de fervor, que realmente él debe de ser la causa principal del mal que lamentamos, y que debemos trabajar todos con celo para hacerle volver a la vía estrecha de la que él se ha apartado mucho. Le prometo hacer por mi parte todo lo que dependa de mí. Daré al P. Chevaux todos los consejos que necesite respecto al sr. Clouzet, y espero que Dios bendecirá nuestros esfuerzos.

3º He creído ver, y bastante claramente, que Dios retiraba sus bendiciones de la obra de Saint-Remy, porque no era a él únicamente a quien se buscaba. El mal se curará quizá difícilmente, pero se curará. No entro en mayores detalles.

Al sr. Pesant le toca este año el servicio militar. En este mes de octubre cumplirá veinte años. Es un buen muchacho: se ha cultivado bien y se podrá hacer de él un buen sujeto. Habría que tomar en serio las precauciones convenientes, en el caso que en el sorteo tenga un número bajo<sup>10</sup>. No creo que deba ponerme, al menos todavía, a litigar con el Ministro de Instrucción pública, que ataca tan directa e ilegalmente nuestra Ordenanza real de institución. Tenemos poco más o menos todo solucionado para los que pertenecen a la quinta de 1831. Por lo que yo sé, no quedan más que Pesant y Saumade, que pueden ser declarados necesarios en la Escuela normal de Saint-Remy, no como profesores sino como auxiliares, al menos para lo temporal, quiero decir para el servicio. Si los dos le parecen demasiados para Saint-Remy,

---

<sup>10</sup> En esta época, el servicio militar no era obligatorio para todos, sino solamente para los que en el sorteo sacaban los números más bajos.

podría poner a uno de los dos para Courtefontaine. [En] una entrevista con el sr. Rector de la Academia, verá qué clase de compromiso tienen que tomar.

Pido al Señor de todo corazón, mi querido hijo, que derrame sobre usted una gran abundancia de bendiciones.



*Nuevos ataques del P. Lalanne, renovación de la paciencia del P. Chaminade.*

**606. Agen, 26 de octubre de 1831**

**Al P. Lalanne, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Sustituir, mi querido hijo, con la expresión *evidencia* la de *sentido íntimo* no suprimiría completamente lo indebido [de su] razonamiento: pero dejemos de discutir. Estoy muy lejos, mi querido hijo, de creer que soy infalible y de estar seguro de que mis decisiones son las mejores posibles: estoy casi siempre temblando cuando hago uso de mi autoridad. El origen de nuestras interminables discusiones [está en] algunos principios que usted anteponía y que me causaban mucha pena. En un principio, creí poder hablarle el lenguaje de la fe: usted me respondió que ya no estaba en esa edad en que se necesiten semejantes explicaciones; que yo debía tener en cuenta que usted tenía más de treinta años; que las luces de la razón venían de Dios como las de la fe. Parece que siempre ha querido probar que la organización de Saint-Remy era contraria a la razón; alguna vez ha tratado de apoyarse en las Constituciones; pero, volviendo al mismo principio, todas mis respuestas tenían como objeto probar que esa organización no era contraria a la razón, que incluso era [así] en virtud de la letra y del espíritu de las Constituciones. Lo que hemos tratado este año no es cuestión de *evidencia*.

Como me doy cuenta, mi querido hijo, por su última carta, más todavía que por las anteriores, de que esta discusión va degenerando, no la voy a seguir más. Destacaré solamente ese pasaje de su carta del que seguro que se arrepentirá en este mundo o en el otro: «Habría que saber primero lo que usted quiere: pero ¿quién lo sabe? Cuántas formas diferentes ha tomado su idea, desde el primer bosquejo que nos dio, y sobre el cual, por una imprudencia de juventud, hemos tomado compromisos prematuros, etc.».

Usted expresa, mi querido hijo, el agrado que le produce encontrar en mi última carta el interés que nuestro por su salvación. – Este interés es más grande, eso creo yo al menos, de lo que pueda expresar.

Añade que la manera más eficaz que tengo para trabajar por ella es rezando por usted. – Espero poder hacerlo hasta mi última hora. He creído que debía aconsejarle hacer un retiro en soledad. Uno de los efectos de un buen retiro habría sido casi indefectiblemente, sin duda, ponernos de acuerdo: pero el motivo de este retiro no era precisamente conseguir este efecto, aunque fuera muy deseable. Le he dado este consejo tomándolo para mí mismo: acabo de dar dos retiros sucesivamente, y estoy tomando mis medidas para hacer mi retiro en soledad.

La figura de este mundo pasa: nosotros seremos bienvenidos a la eterna felicidad solo en la medida que seamos conformes a Nuestro Señor Jesucristo. Son verdades de fe que se realizarán indefectiblemente, cualquiera que sea la interpretación que les demos. Si no siente la necesidad de hacer este retiro, para vivir y morir en conformidad con la vida y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, más vale suspenderlo, y mientras tanto orar, humillarse y meditar las grandes verdades de la fe.

Comprendo que le desagrade la manera como el sr. Clouzet ejerce su Oficio, y *con razón*, sobre todo si parece que hay dos jefes, dos Superiores en la misma casa. – Este inconveniente, grave en sí mismo, no afecta a la organización sino a la persona. Si el sr. Clouzet es verdaderamente humilde y vuelve a los sentimientos de un auténtico religioso, todo irá

perfectamente bien. Pero ¿cómo conseguir un efecto tan deseable si usted no me ayuda, mi querido hijo, si no vamos por el mismo camino, que es la conformidad con Nuestro Señor Jesucristo? [*Sentid en vosotros lo mismo que en Cristo (Flp 2,5)*]<sup>11</sup>.

No solamente Saint-Remy no es una casa religiosa, sino que incluso no tiene aspecto de serlo. – ¿Dirá usted que siempre estoy quejándome? ¿Dirá usted que soy un viejo que no conoce el espíritu del siglo y la manera de atraer a su mundo? Dirá o se dirá lo que se quiera, pero yo trataré de cumplir mi deber. [*Oportuna e importunamente arguye, increpa con toda paciencia y doctrina*]. Creo que san Pablo, en lugar de *increpa*, dice *obsecra*<sup>12</sup>: no tengo tiempo de verificar, pero ya nos entendemos.

Vengamos ahora a algunos asuntos particulares.

Los hermanos Rothéa no deberían haber aceptado el pequeño establecimiento de Kientzheim, sobre todo después de tantas recomendaciones que les hice de que no aceptasen ninguna obra nueva. Pero su celo se ha visto fuertemente provocado; el Consejo del municipio, al cual ha asistido el sr. L. Rothéa, ha aceptado todas las condiciones que les ha puesto; el Comité central de Colmar ha aceptado como Jefe de las escuelas al sr. Andrés Stoffel y lo ha presentado al sr. Rector de la Academia de Estrasburgo. Las cosas han llegado a este punto muy rápidamente y, sin aprobar su conducta, les he escrito que no quería añadir mi censura a la de usted. El sr. Andrés no será realmente más que subjefe o subdirector, como se quiera: [el Jefe] será realmente el sr. Benoît<sup>13</sup>, jefe de Ammerschwir, muy cerca de Kientzheim. La aceptación de este pequeño establecimiento, con las dificultades que se encuentran en Ribeauvillé<sup>14</sup>, me ha llevado, antes de poder escribirle a usted, a enviar obediencias para los srs. Colin, Villien y Edel. Además he dado todas las instrucciones necesarias para que en Alsacia todo funcione con paz y edificación. Los hermanos Rothéa, con su precipitación y falta de reflexión me dan, como se dice vulgarmente, mucha guerra. Supongo que usted conoce el carácter general de los alsacianos, en particular del pequeño distrito de donde son los hermanos Rothéa<sup>15</sup>.

Le incluyo una obediencia para el sr. Claverie, a quien me propongo reemplazar en Courtefontaine por el sr. Bouveret, como creo haberle ya dicho. El sr. Galliot me escribe [de Courtefontaine] que espera, en la apertura del curso, tener treinta alumnos, candidatos internos o externos y otros pensionistas, sin perjuicio de que nos llamen a la clase de los niños pequeños del pueblo. El sr. Silvain acaba de obtener un diploma de aptitud de segundo grado, necesario para conseguir la dispensa del servicio militar.

Los hermanos Rothéa hacen mal en dirigirse al mismo tiempo a usted y a mí para tener personal: por lo menos deberían advertirnos que hacen la petición a los dos. Se supone que este año, y quizá dentro de poco, habrá gresca en Saint-Hippolyte.

He releído cuatro veces, mi querido hijo, las cuatro últimas líneas de su carta, sobre todo esta frase: «Hay en mi corazón un verdadero deseo de ser de Dios y de hacer su santa voluntad». Lo creo sinceramente, y puedo decir que siempre lo he creído; pero usted sabe que, en materia de religión y de salvación, los deseos, incluso verdaderos, no bastan. Usted será en el futuro –como usted dice y como yo espero– mi hijo, con más verdad que hoy, aunque hoy yo me considero muy realmente su padre y padre tierno.




---

<sup>11</sup> *Sentite in vobis quod et in Christo Iesu (Flp 2,5)*.

<sup>12</sup> *Opportune, importune, argue, increpa in omni patientia et doctrina (2 Tim 4,2)*. San Pablo dice: *Obsecra, increpa...*

<sup>13</sup> El señor José Enderlin, antiguo Hermano Benito de la Congregación del P. Mertian.

<sup>14</sup> La fundación de Kientzheim, proyectada en 1831, no tuvo lugar efectivamente hasta 1848.

<sup>15</sup> Sundgau.

**607. Agen, 5 de noviembre de 1831**  
**Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Recibí de Lión, mi querido hijo, una carta del sr. Perrin en los primeros días de octubre, que llevaba otra para su hermano que está en Agen. En las dos, comunicaba que su madre, caída enferma en Nimes, se veía imposibilitada de seguir su viaje para venir a verle y que, sintiéndolo mucho, la tenía que llevar a su casa. Él le servía de secretario. La madre me pide la factura de lo que debe y propone pagarle a usted el montante. Me ruega además que le dé a su hijo 60 francos, que ella abonará también cuando llegue. El sr. Perrin añade que si prefiero que haga el pago de lo que debe su hermano en París o Burdeos, él podría hacerlo tras mi respuesta a su madre. El sr. Perrin me dice además que, como no conoce las formalidades necesarias para que su hermano quede exento del servicio militar, le haga llegar los documentos necesarios para ello.

He tardado hasta ahora en responder, a pesar de la acuciante necesidad que tenemos de cobrar algún dinero, porque me han forzado a ello dos retiros que he dado sucesivamente y asuntos cuya resolución no podía esperar.

En cuanto a la factura que me pide la sra. Perrin, no la tengo en Agen, pero usted la tiene a mano. Sobre esta factura, vea si la pensión alcanzaba hasta el mes de septiembre, yo creo que solo he apuntado un semestre; por tanto su factura debería comprender 400 francos de un año entero, más 200 francos de este semestre. Le voy a escribir directamente y se lo explicaré, y le diré que usted tiene la factura y se la enviará para que la liquide con usted. Comuníqueme enseguida el montante de esa liquidación. Le ruego que no lo retrase. Ya se ha retrasado demasiado. Por lo demás, solo puedo hablar bien de su hijo a la sra. Perrin; este joven parece mejorar de día en día su gran finura; ha sido uno de los más edificantes en el retiro.

Usted me ha hecho llegar, mi querido hijo, el montante de lo que había adelantado a Arbois; pero ¿ha recibido pagos a cuenta? Si los ha recibido, me tiene que decir cuánto ha sido; si no los ha recibido, debe también decirme que no los ha recibido. Dos veces le he pedido lo mismo, y las dos veces me ha dado el montante de las cantidades que usted había adelantado. Cuando me responda, estaría bien que tuviese mi carta ante sus ojos, la carta a la que quiere responder. Le pregunté también sobre los muebles que habían sido enviados a Acey, sea procedentes de Saint-Remy, sea procedentes de Gray, con su estimación aproximada. Usted me dice lo poco que ha salido de Saint-Remy, pero no me habla de lo que ha salido de Gray y ha sido enviado a Acey. Si no se acuerda, podría escribir a la Madre Gabriela que le envíe una nota bien detallada sin más explicaciones.

Me da vergüenza exponerle tan a menudo nuestras necesidades y quizá se diga a sí mismo: No me escribe nunca más que para pedir dinero. – Si es ese, mi querido hijo, el pensamiento de su corazón, ¿por qué sus respuestas no son claras? Cuando le pido, tiene o no tiene; espera tener o no espera; le deben o no le deben; tiene usted cosechas para vender o vendidas; consumidas o no consumidas en la casa: [deme] alguna cuenta clara y neta, que pueda saber a qué atenerme con sus respuestas –que usted raramente me da, a decir verdad– en que emplea expresiones muy vagas. ¿Cómo quiere que yo me oriente?

En la última visita que hice a Saint-Remy, sufrí más de lo que parecía: vi gastos que no eran propiamente más que de lujo. Viendo su buena voluntad, no creí deber insistir sobre este punto; me limité a recomendarle que hiciese los menos gastos posibles. No era tanto a causa del apuro en que nos encontrábamos, como a causa del estado que hemos abrazado. La vivienda de Saint-Remy es ya demasiado aparente en sí misma, y si hubiese habido que construirla la habríamos hecho más modesta. Las reparaciones que puede necesitar, hay que hacerlas de una manera adecuada, sin duda; pero, cuando se pueda, hay que evitar hacerlas como las habrían podido hacer los antiguos señores del palacio.

Como es usted uno de mis hijos muy queridos y primogénitos, tengo que hacerle participe de un sentimiento que domina mi corazón desde hace mucho tiempo: es el temor casi habitual a que Dios retire sus bendiciones de la obra de Saint-Remy. Este temor va cada vez más en aumento, porque veo efectivamente que Dios las va retirando progresivamente. Creo que todavía hacemos un poco de bien: pero ¿qué es este bien delante de Dios si lo hacemos solo buscándonos a nosotros mismos; si lo hacemos para nosotros, para nuestra gloria, nuestra estima, nuestra consideración, etc. más que real y únicamente según los intereses de la religión y de la Compañía? ¿A cuántas ilusiones abriremos entonces la puerta? Porque, mi querido hijo, le quiero mucho y le soy muy afecto es por lo que le abro así mi corazón: él se alivia, y a usted le corresponde consolarle más, porque el corazón de este Buen Padre está realmente sufriendo mucho con todo lo que está pasando.

Yo también sufro, me dirá usted, y sufro mucho en la situación en que me encuentro, sobre todo respecto al P. Lalanne. – Usted sabe bien, mi querido hijo, que debo de conocer bastante el corazón humano para hacerme una idea precisa; he pensado en ello a menudo, sobre todo en la presencia de Dios, y he aquí siempre mi respuesta: Nada se arreglará, ni para uno ni para otro, mientras no entren los dos por las hermosas vías de la fe, en las que primeramente habían entrado, por una entrega completa al servicio de nuestro buen Maestro y de su augusta Madre. Últimamente he escrito bastante abiertamente al P. Lalanne. Si los dos llegasen a comprenderlo y a hacerlo, no me cabe la menor duda de que la paz y la unión reinarían pronto en la casa, y sobre todo entre ustedes dos. Yo podría esperar entonces favores y bendiciones divinas. Si uno solo de los dos abre los ojos, podrá sentir más combates y dificultades exteriores, pero cesarán las turbaciones. La humildad y la caridad tienen un poder incalculable; es la misma virtud divina la que obra en las acciones del hombre humilde y caritativo. ¿Por qué no habla con el P. Chevaux<sup>16</sup> para entrar en las vías de la fe? Estas vías de la fe nos conducen rápidamente a la conformidad con Nuestro Señor Jesucristo, donde encontramos la fuente de todas las virtudes y donde podemos beber tan fácilmente. Si usted o el P. Chevaux creen necesitar más informaciones, para mí será una verdadera satisfacción poder trabajar conjuntamente con él y con usted en su progreso en la virtud, y por consiguiente en su felicidad en este mundo y en el otro.

Voy a terminar aquí nuestra larga carta, aunque me parece que tendría muchas cosas que decirle: pero, por favor, respóndame con claridad. Este año, o más bien el pasado año, recibí algunas cartas, en muy pequeño número, puestas a escondidas en el correo; y, al final del verano, al hacer ver al P. Lalanne mi extrañeza porque recibía pocas cartas de Saint-Remy, me respondió que era para ahorrar gastos de correo<sup>17</sup>. En mi contestación, le dije que sospechaba falta de libertad. Él me respondió que nunca había impedido que se me escribiera y que no había violado nunca el secreto de las cartas que yo escribía o me escribían. No sé entonces cómo habrá podido introducirse en los corazones el temor a tener correspondencia libre conmigo. Dejaré de lado esta cuestión, a no ser que me entere de que no hay libertad real, por alguna carta que me llegue a escondidas.

Las bendiciones que le deseo, mi querido hijo, y que pido al Señor que derrame sobre usted, son proporcionadas al tierno afecto, y muy tierno afecto que me une a usted muy estrechamente.

P.S. En el momento del correo, recuerdo que usted me ha hablado de las peticiones que le hacía el sr. Saumade. Volveré sobre este punto. Me sorprenden sus peticiones, sobre todo en el tiempo de la llamada a filas. Yo había hablado al P. Lalanne de algunos medios para conseguirle la dispensa del servicio militar. Su última carta no me dice nada a este respecto. Creo que este año todos nuestros jóvenes, excepto él, serán dispensados.

---

<sup>16</sup> Su director espiritual.

<sup>17</sup> Véase la carta 605.



He aquí una copia de lo que he escrito a la sra. Perrin sobre su cuenta. Active este asunto, por favor<sup>18</sup>.



**S. 607 bis. Agen, 5 de noviembre de 1831**  
**A la señora Perrin**

(Copia. – AGMAR)

Respecto a la nota de los anticipos hechos a su hijo, no tengo copia en Agen pero envíe una al sr. Clouzet antes de venir. Desde entonces, no hay nada especial. Pido al sr. Clouzet que vaya a la casa de usted. Podrá arreglar con él la nota tanto de la pensión como de los 60 francos que su hijo tiene a su disposición. En el mes de septiembre se cumple un año de pensión: 600 francos. Digo 60 francos a su disposición porque soy su cajero. Por el tipo de compromisos que ha tomado no necesita tener dinero consigo. Si hay algún extraordinario honesto y conveniente, pide lo que necesita y se le da.



*Atinados y paternales consejos al P. Chevaux, que se ve que es un hijo predilecto del Fundador.*

**608. Agen, 10 de noviembre de 1831**  
**Al P. Chevaux, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Acabo de saber, mi querido hijo, por el sr. Bousquet, que usted ha hecho con el sr. Clouzet un breve viaje a Besanzón y que su salud se va robusteciendo de día en día. No he podido menos que expresarle la alegría que he sentido con esta agradable noticia. Modere sus trabajos y su celo; no agote todas las fuerzas que pueda sentir de nuevo. Conozco un poco la dificultad que hay en moderarse, cuando está uno requerido por necesidades apremiantes: pero se puede llegar a ello, despojándose de todo designio propio y buscando únicamente cumplir los deseos del Señor.

Sabiendo lo débil que está su salud, no le he pedido ningún informe del Noviciado. Tampoco le he preguntado dónde se encontraba en las hermosas vías de la fe y de la conformidad con Nuestro Señor Jesucristo, para no obligarle a escribir. Pienso que sigue usted hacia delante: la enfermedad no es un obstáculo para nuestro progreso espiritual; pero es un obstáculo para dar cuenta de él. Usted dirigirá bien solo en la medida de los progresos que haga: es preciso haber recorrido un camino para guiar a los otros con seguridad, un camino sobre todo en el que se encuentran tan pocos viajeros a quienes poder interrogar y de los que conseguir información.

Me detengo aquí, mi querido hijo, asegurándole mi continuo recuerdo ante el Señor y mi cariñoso afecto.




---

<sup>18</sup> Véase la carta S. 607 bis

*Quizá el P. Chevaux pueda ejercer una influencia saludable sobre alguno de los dos adversarios: con esta esperanza, el P. Chaminade le pone al corriente de la situación de una manera precisa.*

**609. Agen, 23 de noviembre de 1831**  
**Al P. Chevaux, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Con su carta del 3 de noviembre, mi querido hijo, he recibido también el informe del Noviciado de Saint-Remy correspondiente al año 1831. A veces he deseado recibir más a menudo noticias tuyas; pero con esto no le tacho de pereza. Sus funciones de Maestro de novicios son tan delicadas, y las dificultades que se presentan en la dirección son tan numerosas, que a veces me ha extrañado que usted no se topase con ellas.

Cuide su salud, y tome los pequeños alivios que necesita para mantenerse.

Ha comprendido usted muy bien, mi querido hijo, el sentido de mi carta que establece las relaciones que deben existir entre el P. Lalanne y el sr. Clouzet. Sin embargo, usted supone que podrían darse casos en que el sr. Clouzet se viera en dificultad: eso sucedería cuando el sr. Clouzet notase algún error de administración o de otro tipo en las observaciones y advertencias del P. Lalanne, sin poder convencerle a él o convencerse a sí mismo de lo contrario: usted imagina incluso que el asunto sea importante y tan urgente que no se tenga tiempo para dirigirse al Superior general. Respondo 1º que un caso semejante, aunque sea posible, debe suceder rara vez: usted mismo tendría dificultad para darme un ejemplo. 2º Suponiendo que se dé ese caso, el sr. Clouzet pide al P. Lalanne que reúna el Consejo y ahí 1º se juzga sobre la urgencia; 2º [se examina] si, tomando algunas medidas, se podría conseguir tiempo suficiente; 3º [en caso de] imposibilidad, hay que atenerse a la decisión del Consejo: pero el Consejo no decide más que para el tiempo de urgencia, y nada para después.

Usted me pregunta: ¿Puede el sr. Clouzet admitir o introducir criados u obreros que vivan fijos en la casa o al menos que puedan comer en ella? En todos estos casos, ¿puede el sr. Clouzet acordar condiciones con estas diferentes personas sin haber avisado previamente al P. Lalanne? ¿Puede incluso dar de comer, alojar y ajustarse para todo el año? Y en el caso que, después de tratar con ellos, hubiese admitido unas condiciones que el P. Lalanne no considera convenientes, ¿qué debe hacer? – Respondo que el sr. Clouzet no debe tomar esas decisiones sin un consentimiento formal del P. Lalanne, porque esas admisiones afectan de modo fundamental al buen orden y a la regularidad que el P. Lalanne tiene el deber de mantener. Debe haber una autoridad en relación con sus deberes de Jefe y Superior, y usted ha podido darse cuenta, mi querido hijo, de los graves inconvenientes que la admisión de extraños ha producido ya. Esta admisión trae consigo una mezcla con los religiosos, una especie de asociación y de igualdad que fácilmente puede ser nociva. Cuando el P. Lalanne, después de haber estudiado todo desde el punto de vista del orden y de la regularidad, crea convenientes esas admisiones, el P. Lalanne no debe entrar en las condiciones de precio, de alquiler y de cualquier otra clase de acuerdos de interés que el sr. Clouzet haya convenido: esos acuerdos siempre han correspondido a los Oficios del mismo tipo que el del sr. Clouzet: procurador, síndico, ecónomo, jefe de trabajo, etc. Lo mismo habría que decir si los extraños, admitidos con permiso, deben pagar por la alimentación que se les da o si pueden pagar una parte con la prestación de sus servicios, a menos que no se pudiese procurarles esa alimentación aislados de los obreros de la Compañía, profesos, novicios o incluso postulantes. Lo mismo hay que estudiar respecto a lo de dormir en la casa. El P. Lalanne tiene el deber, y por consiguiente la autoridad, de juzgar si las personas que vengan a trabajar pueden ser nocivos para la comunidad de la que está encargado.

¿A quién corresponde, me pregunta usted todavía, asignar el empleo de los Hermanos obreros? – Esta dificultad se puede resolver muy fácilmente. Naturalmente, cada uno debe ser

empleado según el trabajo que sabe hacer. Cuando son capaces de varias clases de trabajos, el Jefe de trabajo les asigna los que sean más urgentes. El Superior no debe retirarlos de los trabajos que les ha asignado el Jefe de celo para encargarles de otras funciones, sin haber contado con este último: eso sería introducir un desorden en lugar de mantener el orden. El Jefe de trabajo debe cuidar no solamente de que los obreros trabajen bien durante el tiempo de trabajo sino que también trabajen religiosamente. Para ello, puede reunirle para instruirles, o llamarles para hablarles en particular, todo ello sin perjuicio de la influencia del Superior o del Jefe de celo en ese campo.

Cuando falten Hermanos sirvientes, se intenta primero buscar en toda la Compañía; después se mira si, entre los obreros de la casa alguno sería más apto para el servicio que para el trabajo<sup>19</sup>. Si hubiera un servicio urgente para el cual no hubiese tiempo de proveerse, se tomaría provisionalmente a aquel de los obreros que con menos inconvenientes se pudiera sacar del trabajo. Este cambio, aunque sea solo provisional, requiere necesariamente un acuerdo entre el Superior y el Jefe de trabajo.

Puede ver, mi querido hijo, por la solución de los casos más difíciles, que el gobierno del establecimiento puede ir bien tal como está; que todo debe hacerse realmente [*como si se fuera uno*]<sup>20</sup>, como usted dice; que el Superior es realmente el centro de todos los movimientos, aunque, en el ámbito de su autoridad, se encuentran Jefes que son centros también de algunos movimientos particulares. ¿No sucede lo mismo en el universo, obra de la Divinidad? ¿No tienen los planetas sus lunas particulares? Dios ha establecido leyes generales, que mantienen admirablemente ese gran orden en la formación física del universo. Confío en que, si se observan bien las leyes generales del estado religioso y del cristianismo, este modo de gobierno, una vez bien entendido, nos llevará a un gran orden.

No quiero decir que el gobierno no podría organizarse de forma diferente: pero es el que nuestras antiguas Constituciones han introducido en la Compañía; y, bien entendido, es tanto más sabio cuanto, sin alteración, puede sufrir todas las modificaciones que puede exigir la naturaleza de las obras. Así, por ejemplo, en Saint-Remy, dos de los tres grandes Oficios se acumulan en el P. Lalanne, actualmente Superior de Saint-Remy y Jefe de los Oficios de celo y de instrucción. Otro Superior que le sucediera, se vería obligado quizá a nombrar Jefes de esos Oficios, porque es muy difícil encontrar Superiores que, además de tener la capacidad de ser Superior, puedan ejercer las funciones de Jefe de celo y de instrucción. Al no encargarle del Oficio de trabajo, no he querido decir que el P. Lalanne no fuera capaz de ejercerlo: pero este Oficio en Saint-Remy abarca tanto que exige un hombre totalmente dedicado a él. El P. Lalanne ha creído que, según la nueva redacción de nuestras Constituciones, todos los Oficios iban unidos al cargo de Superior. Es posible que estos artículos estén redactados de forma que den lugar a algún equívoco: por la lectura quizá demasiado rápida [que hice], quizá no me di cuenta de ello; [pero] esta falta de atención no tiene por qué producir ningún mal efecto porque me he reservado examinar y hacer examinar esa nueva redacción antes de aprobarla: tengo todavía que examinarla y tener en cuenta todas las observaciones que se me han hecho. La Revolución y otras circunstancias me han determinado a dejar todas las cosas *in statu quo*.

La nueva redacción no había salido aún cuando creí que debía nombrar al P. Lalanne Superior del establecimiento de Saint-Remy, y al sr. Clouzet Visitador general de nuestras casas del Norte de Francia, y, al mismo tiempo, Jefe de trabajo de la obra de Saint-Remy, así como Administrador de la finca y de la de Marast. No hice estos nombramientos más que después que los dos dieron su consentimiento. Recordará, mi querido hijo, que antes de salir de Saint-Remy, en una reunión general de la comunidad, leí ambos nombramientos. El P. Lalanne no estaba presente en este momento. Por amistad, le entregué el escrito en mano, en el

---

<sup>19</sup> El P. Chaminade distingue aquí entre Hermanos dedicados a los servicios de la casa de los Hermanos dedicados a los trabajos del cultivo del campo o de los oficios.

<sup>20</sup> *Per modum unius*.

encuentro que habíamos concertado en Arbois. Me he visto dolorosamente sorprendido cuando, desde esta Revolución, el P. Lalanne ha insistido, de muchas diferentes maneras, en cambiar esta orden. Dios ha creído conveniente añadir esta pena a varias otras, no me quejo por ello...

Al final del pasado año, imaginé que los sufrimientos del P. Lalanne podían estar provocados no tanto por el ejercicio mismo de las funciones del sr. Clouzet como por la manera con que este último podría ejercerlas: es lo que escribí al P. Lalanne, y más tarde al sr. Clouzet. Seguro que el sr. Clouzet le habrá informado de mi carta: no he obtenido todavía ninguna respuesta.

Le doy todos estos detalles para que, en el momento oportuno, pueda hablar a uno y otro: al P. Lalanne, del poco fundamento de sus pretensiones; al sr. Clouzet, de la manera humilde, modesta y religiosa como debe ejercer sus Oficios, sobre todo respecto al P. Lalanne,

Detengo aquí, mi querido hijo, todas mis consideraciones. Ya volveré en otra ocasión sobre el informe que usted me ha enviado. Tenga ánimo: que sus novicios encuentren en usted el modelo que tienen que imitar para impregnarse bien del verdadero espíritu religioso, que no es otro que el del Espíritu de Jesucristo.

Le abrazo muy cordialmente



**S. 609 bis. Agen, 5 de noviembre de 1831**  
**Al señor Saumade, Saint-Remy**

(Copia. – AGMAR)

¡Qué diferente, mi querido hijo, su última carta del 11 de este mes de la que me escribió al salir de Burdeos para ir a Saint-Remy! No haré, sin embargo, ninguna reflexión sobre esta oposición de sentimientos, ni sobre las causas que la han producido.

A su entrada en San Lorenzo firmaron una escritura su tutor y el sr. Clouzet, que era entonces Jefe de esta casa. Parece que usted ha olvidado lo firmado hace tres años poco más o menos; entonces como ahora usted debía salir de la Compañía; todas sus cuentas fueron liquidadas; yo informé de ello a sus padres. A instancia de usted y tras las manifestaciones de su arrepentimiento, consentí a que se quedase, pero era como si entrase por primera vez. Todo lo contenido en la escritura fue anulado. Me sorprende que lo haya olvidado; sin embargo, le hablé entonces muy claramente.

Tiene usted razón en que si tuviese alguna cuenta que arreglar, tendría que dirigirse al sr. Clouzet; solo él había firmado la escritura. Si usted es lo que es, ¿a quién puede usted culpar de su mala conducta que ha sido para mí causa de tanta preocupación y solicitud? Espero, sin embargo, que los buenos sentimientos que ha experimentado en su primera comunión renacerán pronto o tarde. Lo deseo, mi querido hijo, pues mi corazón tiene siempre para con usted las disposiciones de un padre respecto a un hijo.



*Las discusiones con el P. Lalanne entran en un nuevo terreno, y este —«por escrípulo», dice el P. Chaminade— acaba de poner en duda las bases de la Compañía: por eso el Fundador le escribe la carta siguiente*

**610. Agen, 24 de noviembre de 1831**  
**Al P. Lalanne, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Es una excelente noticia, mi querido hijo, la que me da su última carta –sin fecha, sin final y sin firma– sobre el éxito que Dios ha concedido al retiro que ha predicado en la casa de Saint-Remy. El orden que le ha seguido es una garantía de la perseverancia de los buenos efectos que ha producido. Creo también que, al aplicarse a sí mismo las grandes verdades que transmite a los demás, este retiro ha podido hacer las veces del retiro en soledad que le aconsejé, pero que la multitud de sus ocupaciones no le han permitido hacer.

Sin volver, mi querido hijo, al tema de nuestras discusiones, que han durado demasiado tiempo, le diré solo que las opiniones que le han dado dos hombres igualmente lúcidos y piadosos, son útiles para tranquilizar su conciencia, si, como supongo, usted ha expuesto con sinceridad y sencillez las cosas tal como han sucedido. En el foro interno, el juez se pronuncia solo sobre la exposición que se presenta a su tribunal.

Al tener que escribir al sr. Clouzet hacia el final de octubre o principio de septiembre, le hablé a usted muy seriamente de la necesidad de entrar en sí mismo, etc.; le invité a hablar con el P. Chevaux. El P. Chevaux me consultó sobre algunas cuestiones relativas a sus relaciones con usted, y yo se las expliqué de manera que no hubiera más antagonismos. No es sin duda el ejercicio de su función el que ha producido el mal, sino la manera como la ha ejercido. No creo que el sr. Clouzet sea ya inaccesible a los sentimientos de la religión y de la virtud; si encuentra en usted un padre, un hermano, un amigo, que le soporta sus defectos, que no desea su enmienda por él mismo, sino por Dios, por la salvación de su alma, usted verá que, a medida que haya menos amargura en su alma, volverán los buenos sentimientos de fe, de humildad y de religión; y desde ese momento, entrará en razón, se corregirá, y usted se alegrará en el Señor de tener con usted un hombre tan necesario [para] una parte de la [tarea] que realmente usted no puede hacer.

Su duda, mi querido hijo, de si los compromisos que usted ha tomado y ha hecho tomar son lícitos, en realidad no es más que un escrúpulo; siempre está la prueba de la rectitud de su corazón, y a mí me agrada encontrarla en usted: no solo que yo no haya dudado nunca de ello, sino que a cualquier otro distinto a mí tampoco se le ocurriría dudar.

Quiere que yo me explique; me pregunta también si creo que nada en la Compañía peca contra los santos cánones.

1º Es evidente que usted toma aquí la legitimidad de los compromisos del lado del objeto; y en el objeto, de su determinación. Ahora bien, el objeto ha estado siempre muy determinado. Determinado 1º por el sentido general que los Padres de la Iglesia y santos Doctores les han dado siempre. Todos nosotros hemos entendido que somos realmente religiosos, en el sentido que este término es entendido en la Iglesia católica. Determinado 2º por las Constituciones de las Hijas de María. Determinado 3º por la organización general de la Compañía de María, basada en la organización del Instituto de Hijas de María, cuya organización es característica y está aprobada por el sr. Arzobispo d'Aviau en presencia del P. Mouran y del P. Laumont<sup>21</sup>. La proclamación de la Compañía, así organizada, se hizo solemnemente, en el primer ejercicio del retiro que siguió inmediatamente al reconocimiento que acababa de dar[le] el sr. Arzobispo. Se levantó proceso verbal, que tiene el sr. David. Determinado 4º por el desarrollo de la Compañía. Todo se ha hecho en el espíritu y conforme al principio establecido desde el comienzo: si alguno de nosotros ha introducido novedades extrañas a los planes primitivos, o si lo que ha sido introducido, que era realmente conforme, se ha desnaturalizado, entonces es la relajación y el abuso lo que debe ser reformado.

---

<sup>21</sup> Al final del retiro de 1818.

El sr. David está tan persuadido de estos principios que, a pesar de la turbación que la última aparición de usted en Burdeos<sup>22</sup> causó en todos los espíritus, no tuvo ninguna dificultad en renovar sus votos, observando solo que los hacía en el espíritu y los principios de las antiguas Constituciones, porque no consideraba la nueva redacción como equivalente a las antiguas. No es cuestión aquí de saber si tenía razón o no; se cita este hecho aquí solo como prueba de que el objeto de los compromisos está suficientemente determinado.

No hay que concluir de aquí que no sea necesaria una nueva redacción de nuestras Constituciones. Cuando digo necesaria, quiero decir solo útil y muy conveniente, porque no hay una necesidad imperiosa propiamente dicha.

2º ¿Hay algo en la Compañía que peque contra los santos cánones? – Esa palabra, mi querido hijo, es un poco vaga. Si ha visto alguna cosa, debería hacérmelo ver: usted me conoce de toda la vida y ya sabe que puede estar seguro que estoy muy lejos de hacer nada contra los santos cánones.

Le adjunto mi respuesta al sr. Saumade. En cuanto al sr. Pimouguet, no tengo más observaciones que hacer que las que le hice a usted en mi última carta. En lo que respecta a los sastres, no veo la posibilidad de enviarle ninguno en este momento, quizá sea posible encontrarle uno de aquí a la primavera. El despido del de San Lorenzo, que tuvo lugar el año pasado, fue muy precipitado. Tenía algunos caprichitos, pero este joven podría haber salido adelante; mayores caprichos tiene su colega del mismo país y sin embargo se mantiene. No hago esta observación como queja... Usted hará un pequeño milagro si hace del sr. Fridblatt un verdadero religioso. El sr. Galliot estaba muy equivocado haciéndole creer que usted podría disponer del sr. Clavierie. Al reemplazarle en Courtefontaine, no le dije nada que pudiese hacerle sospechar que no tenía un puesto que darle.

El conjunto de trabajos, mi querido hijo, que usted ha emprendido después del retiro, con sus cinco colaboradores, es sin duda muy edificante pero demasiado duro. Cuide de que no haya nada de excesivo para ninguno. El señor Brunet está lleno de ardor, pero su salud es más que tambaleante: necesita cuidados y atenciones. El P. Chevaux está muy satisfecho de las atenciones que usted tiene por su salud.

Le tengo siempre y siempre, mi querido hijo, aunque a veces le regañe, un cariñoso e inquebrantable afecto.

P.S. Conoce usted sin duda la causa –viene del clero de Besanzón– por la cual *L'Avenir* ha sido suspendido durante tres meses y que ha determinado el viaje a Roma de Lamennais, Lacordaire y Montalembert<sup>23</sup>.

**S. 610 bis. Agen, 26 de noviembre de 1831**  
**Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Le adjunto, mi querido hijo, la copia de la carta que acabo de escribir al sr. Saumade y que he incluido en la que he escrito al P. Lalanne.

Le agradezco los pequeños detalles que me da en la primera parte de su carta del 4 de este mes, aunque sea muy triste.

El sr. Bousquet me informó enseguida de las decisiones que usted y el P. Chevaux tomaron en Besanzón. En mi respuesta al sr. Bousquet daba mi conformidad. Trataré de devolverle al joven Edel. Geng está solo en Ebersmunster; cuida esos amplios edificios y

---

<sup>22</sup> En octubre de 1830.

<sup>23</sup> Alusión sin duda a la Carta pastoral que el Cardenal de Rohan acababa de dirigir, desde Roma misma, a sus diocesanos, y en la que censuraba las doctrinas de *L'Avenir*.

trabaja en su huerto que es muy extenso. Desempeña muy bien su empleo; parece que todo el mundo le quiere; habrá que esperar a que se den algunas circunstancias para sacarlo de allí. Le acaba de hacer llegar al P. Rothéa treinta sacos de patatas que ha recibido con mucho gusto. Yo desearía que no se necesitasen criados de fuera. El P. Chevaux me ha hablado de algunos casos que usted podría verse obligado a admitir en Saint-Remy. Le he contestado casi en cuanto he recibido la carta por el gran deseo que tengo de que el orden y la armonía reinen en Saint-Remy.

Me advierte usted que le han dicho que se cometen muchas imprudencias en Alsacia, y usted cree que ya estoy enterado de ello. ¿Cómo quiere usted que me entere si usted me informa de imprudencias solo en general?

Le escribí al comienzo de este mes una carta en la cual, entre otros puntos importantes, le hablaba de otra carta que escribí directamente a la sra. Perrin. Le rogué a usted que arreglase las cuentas con ella siguiendo el deseo que ella me había manifestado. Escribí directamente a la sra. Perrin porque le envié el compromiso de su hijo de servir durante diez años en la instrucción pública para que ella diese enseguida su consentimiento y, después de haber hecho legalizar su firma por el sr. alcalde de su municipio, y la del sr. alcalde por el sr. Prefecto de Vesoul, me la enviase enseguida y directamente porque el tiempo apremia. Estamos a 26 de noviembre y no he recibido ninguna noticia de ella ni de usted. Sería enojoso que el Rector de la Academia de Cahors tuviese que objetar el retraso del envío de este documento para obtener la dispensa del servicio militar.

Con su carta del 4 de este mes, mi querido hijo, recibí su bono vía París de 72 francos con la promesa de que me enviaría otra cantidad mayor pocos días después.

En mi última carta, que se ha cruzado con la suya a la cual respondo, le hablaba a corazón abierto como a uno de mis primeros hijos tiernamente amado. Mis sentimientos siguen siendo los mismos. Me complace en reiterarle ese testimonio abrazándole con todo mi cariño paternal.

**611. Agen, 3-5 de diciembre de 1831**  
**Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Su despacho del pasado 22 de noviembre, mi querido hijo, me llegó ayer por la mañana, 1 de diciembre.

Acabo de expedir a Burdeos el cheque de 990 francos que usted me envía. El P. Caillet acababa de escribirme que no sabía qué hacer para pagar dos letras que iban a vencer de inmediato.

Estoy satisfecho de la rapidez y los medios que ha puesto para arreglar las cuentas de la sra. Perrin. No he recibido todavía el consentimiento que ella debía dar como condición para el compromiso del sr. Nicolás. Temo que el retraso le vaya a perjudicar; hace más de un mes que le escribí.

Le agradezco las informaciones que me ha dado sobre los conventos de Arbois y de Acey relativas a los anticipos que se les ha podido hacer. Ya le diré un poco más tarde la razón por la que se las pedí.

He leído dos veces el balance de sus cuentas en ingresos y gastos. He aquí mis observaciones. Para responder a mis planes y a las órdenes que le di el año pasado, son necesarias dos cuentas y dos balances distintos. El primero es relativo al establecimiento propiamente dicho de Saint-Remy y el segundo relativo a las fincas de Saint-Remy y Marast. El establecimiento de Saint-Remy debe bastarse a sí mismo: no es que lo que se recoge de la finca no pueda ser consumido por el establecimiento mismo, pero pagándolo como se pagaría si proviniese de otra finca; puede exceptuar lo que es jardinería propiamente dicha. Los impuestos deben dividirse entre las dos cuentas: en la primera, todos los que pertenecen al

establecimiento propiamente dicho, como si no tuviese una finca dependiente; y en la segunda, todo lo que sobrepasa a causa de la finca. El abono del médico no puede corresponder a la finca. Las reparaciones de las habitaciones y locales ocupados por el establecimiento están también a su cargo. La alimentación de los obreros propiamente dichos de la finca, tanto religiosos como de fuera, puede cargarse a la cuenta de la finca. Los haces de leña consumidos en el establecimiento corren a su cargo

En cuanto a las deudas contraídas antes del 1 de noviembre de 1830, por ejemplo los 8.000 francos del P. Rothéa, habrá que cargarlas en una u otra cuenta: veremos cuál de las dos está más enferma para aliviarla.

No sé cuál es el origen de la renta de 150 francos pagada a la sra. Chevaux: hágamelo saber y, sea lo que sea, parece que lo más conveniente es que se cargue al establecimiento.

Cuide como un buen padre de familia el bosque. Debe usted comprender que si Dios nos da la gracia de subsistir sobre los abismos a que somos echados, encontraremos el medio de llegar finalmente a buen puerto. Sea lo que sea, es un bien consagrado a Dios: debe ser respetado; nosotros no debemos disponer de él más que siguiendo sus órdenes.

Usted me dice, mi querido hijo, que no ha hecho muchas reparaciones en [el palacio] este año: está bien. Pero ¿no ha hecho demasiadas de otra manera, y que no corresponden a las roturaciones o mejoras productivas de la finca? Tiene que hacer dos consideraciones importantes, mi querido hijo: la primera, se refiere al apuro extremo en que estamos; la segunda, al estado de pobreza y humildad que profesamos. Las dos, y cada una por separado, nos exigen gran modestia, tanto en nuestras personas como en todo lo que nos rodea y puede considerarse a nuestro servicio, para que, cuando comparezcamos ante el Señor, podamos oír que se nos llama *buenos y fieles servidores*.

Me alegra mucho, mi querido hijo, que tenga diálogo amistoso con el P. Lalanne; él es recto y usted también; él quiere sinceramente el bien y usted también lo quiere con la misma sinceridad: ¿cómo no van a llegar a entenderse? En cuanto a mí —y espero que me lo reconozca el corazón de uno y otro—, [quiero] hacer solo lo que está bien, lo que debe hacerse según el orden y lo que conviene: además es un deber imperioso para mí, y el afecto que tengo por uno y otro no debe hacerme doblegar [en este punto]. Siento una gran pena cuando tengo que contradecir a alguno de mis hijos, y sobre todo de mis hijos mayores.

Ha adoptado un excelente medio, mi querido hijo, para avanzar en la virtud y el espíritu de su estado, el de tener frecuentes entrevistas con el P. Chevaux: seguro que con ello llegará indefectiblemente a conocer y gustar las virtudes de Nuestro Señor Jesucristo, el verdadero modelo de los cristianos y de los religiosos. La Santísima Virgen es nuestro modelo sin duda, pero porque ella es una copia muy exacta y muy perfecta de Jesucristo, su adorable hijo. El conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo nos lleva al conocimiento de la Santísima Virgen, así como el conocimiento de la Santísima Virgen nos lleva a un más alto conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Dejé al P. Chevaux un pequeño volumen precioso del P. Olier, es la *Introducción a la vida y a las virtudes cristianas*. Él ha debido empaparse de él y hacerse maestro, por decirlo así, para él y para los demás.

Me agrada mucho, mi querido hijo, que los domingos haya una misa propiamente dicha de comunidad en la pequeña capilla, en la cual los asistentes podrían recibir la sagrada comunión, y donde el recogimiento, lejos de disiparse, se robustecería. Hay que observar, mi querido hijo, que la misa de los internos, siendo también una misa de comunidad, es como una misa de parroquia: conviene que los profesores y los vigilantes asistan a ella y reciban sus comuniones; pero esto no debe tomarse tan a la letra que algunos, con permiso, no puedan recibir algunas comuniones de devoción en la pequeña capilla. No me ha dicho, mi querido hijo, a qué misa va la Escuela normal: si los profesores y los vigilantes oyen la misa de la Escuela normal, cualquiera que sea, y deben estar allá, pocos estarán en esta misa



propiamente dicha de comunidad. – Tendrían entonces tres capillas<sup>24</sup>: yo había entendido lo mismo en mi último paso por Saint-Remy; pero no creo que, si se ha montado la de la Escuela normal, se haya dejado subsistir la que se reservaba para el Noviciado, puesto que nunca se ha ejecutado el plan que teníamos para el Noviciado, incluso se ha cambiado totalmente. – Al hacer todas estas consideraciones, [mientras escribo] sobre este punto, pienso que, antes de que yo escriba al P. Lalanne, es mejor que se ponga usted de acuerdo con el P. Chevaux para ver cómo adoptar el modo más conveniente. Si la capilla que usted destina a la Escuela normal está montada, yo no vería dificultad en que la misa fuese común, en esta capilla, para la Escuela normal y para la pequeña comunidad, uniéndose también los novicios: la capilla es suficientemente grande.

Me queda una gran pena en el corazón, y es ver que en general, en Saint-Remy, se presta poco interés a la Escuela normal y a los maestros de escuelas de los dos Departamentos para los que esta Escuela normal fue creada. Comprendo todo lo que se me pueda decir u objetar, porque ha sobrevenido la Revolución.

Nuestro Método de enseñanza primaria está terminado desde el pasado verano; lo hago probar en una clase de principiantes, compuesta de 150 niños de nueve a diez categorías diferentes. Esta semana pienso remitir un cuaderno del Método a la alcaldía e invitarles a ver cómo se lleva a la práctica. Los maestros tendrán un cuaderno particular, que no será más que para ellos, titulado algo así como *Institución normal*. Este opúsculo está ya muy avanzado.

La gran Escuela normal de Lafuge<sup>25</sup> no está olvidada: la enseñanza primaria es el fin fundamental de la Compañía; la enseñanza secundaria lo es solo accidentalmente<sup>26</sup>.

Dé trabajo siempre, mi querido hijo, a los obreros necesitados. Si hace un tiempo malo para que puedan trabajar, haga que se les dé la sopa, como hizo el año pasado.

Puede, mi querido hijo, comprar el pequeño prado que le es necesario para el desagüe y por el que solo le piden 60 francos: pero es preciso que quede constancia, en la escritura de venta, el estado de degradación en que se encuentra este prado, porque, si no, se podría volver a plantearse esa venta después que lo haya hecho reparar.

Cuando una persona acumula varios títulos, se le llama por el título más elevado. Cuando salí de Saint-Remy, le di, entre otros títulos, el de Visitador. Es el que yo entendía con el que usted sería llamado: recuerdo haber hablado de ello con el P. Lalanne, antes de

<sup>24</sup> La «pequeña capilla» de la comunidad, la capilla del internado secundario y la capilla de la Escuela normal.

<sup>25</sup> Ignoramos a qué proyecto alude.

<sup>26</sup> En esta afirmación, el P. Chaminade es posible que tuviera a la vista el carácter de la Compañía tal como era definido por la Ordenanza real de 1825 y tal como lo imponían las circunstancias, bajo el régimen del monopolio de la Universidad. El pensamiento del Fundador estaba expresado así en el texto de las Constituciones de 1829:

«No hay más que dos maneras de salvar a los hombres, preservarlos del contagio del mundo, y curarlos si han sido alcanzados por él. De estas dos maneras, la Compañía adopta preferentemente la más segura y la más fácil..., preservar, y esto por la educación de los más jóvenes y de los niños más pobres. No desecha, sin embargo, trabajar también, con la solicitud y la dulzura de Jesús y de María, en curar, en la medida que se pueda, a aquellos a quienes el error y el vicio hubieran corrompido a una edad más avanzada o en una condición más elevada.

«Es por esta predilección para con la primera juventud por lo que la Compañía de María ha declarado, en sus Constituciones civiles, que se dedicaba a la enseñanza primaria. Efectivamente, sus obras principales son relativas a esta enseñanza: son las Escuelas primarias y gratuitas, las Escuelas primarias y preparatorias, las Escuelas especiales, las Escuelas de artes y oficios y de agricultura, y las Escuelas normales» (Art. 231-232. Cf. Constituciones de 1927, arts. 262-263, 344-345).

Véase a este respecto *l'Esprit de notre fondation*, III, nn. 13 y sigs., y las cartas n. 388 (15 de febrero de 1826, en *Cartas II*), n. 674 (19 de marzo de 1833, en *Cartas III*), n. 725 (7 de febrero de 1834, en *Cartas III*), n. 914 (12 de diciembre de 1836, en *Cartas IV*), n. 1076 (16 de septiembre de 1838, en *Cartas IV*), etc.

conferirle a usted el Oficio que comporta, y lo hice incluso adrede, debiendo quedar[se] en Saint-Remy para ejercer las funciones de Jefe de trabajo. No damos el título de Ecónomo más que cuando el Jefe de trabajo no puede cumplir personalmente las funciones de la economía, lo cual se ha hecho hace poco tiempo en uno de los conventos de las Hijas de María.

¡Ánimo, mi querido hijo! ¡Impréguese cada vez más del espíritu del santo estado que ha abrazado! ¡Que todo perezca antes que nuestra alma!

Le abrazo con mucho cariño.

**S. 611 bis. Agen, 21 de diciembre de 1831**  
**Al señor Clouzet, Saint Remy**

(Orig. – AGMAR)

Respondo, mi querido hijo, a su última carta, que ha olvidado de fechar, pero que era una respuesta a la que yo le escribí el pasado 26 de noviembre. Le escribí otra en la que le comunicaba que había recibido el giro a mi nombre de 990 francos. La habrá recibido unos días después. Comienzo esta hablando del sr. Saumade.

El mismo correo que trajo la carta a la que respondo, traía una del sr. Saumade al sr. Bourdel, su protutor, en la que había dos copias de su compromiso de servir diez años en la enseñanza primaria en las escuelas de la Compañía. Otro de sus tíos, llamado, creo, sr. Lafite, vino a comunicarme la petición de su sobrino. Lo hacía con gran alegría por la satisfacción que sentía de ver a su sobrino totalmente asentado en la Compañía. Yo no había visto a este señor desde el pasado mes de marzo, poco tiempo después de mi llegada a Agen. Para encariñar al sr. Saumade con sus parientes, le leí la carta que el sr. Saumade me escribió de Burdeos cuando salió para Saint-Remy. Esta carta llena de buenos sentimientos le produjo una gran satisfacción. Entonces comuniqué a su buen tío la carta que me escribió el sr. Saumade el pasado 11 de noviembre, que estaba en total contradicción con los compromisos que quiere contraer. Le recordé entonces el estado de cuentas que se fijó cuando por primera vez el joven tenía que salir y que, aunque él no salió de hecho, no se retuvo la cuenta y fue enviada al sr. Duparque, abogado, para ser transmitida a todos los miembros de la familia (el tutor del sr. Saumade había muerto, y el sr. Duparque es el consejero, el amigo y el corresponsal de toda la familia). El sr. Saumade no estaba ya en San Lorenzo cuando se firmó el escrito con su tutor. Su tío no podía estar enterado de los cambios de ideas y sentimientos que se habían operado en él; solo después de una larga y seria entrevista creyó descubrir el misterio, la clave. El sr. Saumade tiene en Tarbes un cuñado relojero, en situación difícil, apurado de dinero, etc. El joven habrá escrito sin duda a su hermana lo descontento que estaba en Saint-Remy; su hermana, que cree que su hermano, si sale, cobrará el dinero, habrá visto un medio de aliviar a su marido, y este habrá invitado directamente o por su hermana al sr. Saumade a venir a aprender con él el oficio de relojero (varias notas de la hermana han pasado por mis manos pidiendo al hermano que siguiese en la Compañía hasta la mayoría de edad). El sr. Lafite, que ha entendido muy bien el meollo de la historia, me dijo que iba a escribir a su hermano, sacerdote de la diócesis de Tarbes, para que hiciese ver a su sobrina que él no estaba en la Compañía en virtud del escrito firmado a su entrada entre su tutor y usted, y que saliendo no tendría nada o casi nada que cobrar. En relación al compromiso de servir diez años en la enseñanza primaria, le dije: 1º que yo no podía recibir copia de este compromiso cuando su sobrino acababa de escribirme que él no tenía esa intención, y que además yo no podría admitirla más que después que él y sus padres reconociesen formalmente que no tendrían derecho a recibir nada en el caso de que, a pesar de esos compromisos, saliese al llegar a la mayoría de edad; 2º le hice ver que la fórmula de compromiso había sido cambiada desde la revolución y que la suya no sería aceptada; 3º que haciendo su compromiso según la fórmula dada por el Ministerio y la Academia, no sería declarado exento nunca si previamente no hubiese obtenido el diploma de capacidad de 1º grado mediante un examen ordinariamente

bastante severo. Varias Academias incluso conceden permisos de enseñar y no admiten más que después los compromisos para diez años, y que el sr. Saumade no me parecía capaz de obtener este diploma del 2º grado; 4º que yo no conocía hasta ahora ningún otro medio de conseguirle la exención del servicio militar que contratarle como auxiliar en una de las escuelas normales de la Compañía, y que a ese efecto yo había escrito por lo menos dos veces al Superior de la casa de Saint-Remy el pasado verano; que si yo no había recibido ninguna respuesta sobre este punto, era sin duda por el cambio de sus ideas y de sus intenciones.

Se concluyó lo siguiente: 1º que el sr. Bourdel podría poner su consentimiento debajo del compromiso (le hice observar, sin embargo, varias veces que sería mejor separar el consentimiento del compromiso para que esta fórmula no apareciese); 2º que yo escribiera al sr. Saumade para decirle el estado de miseria en que se iba a encontrar si salía de la Compañía, que su cuñado no estaba en situación de recibirle, que..., que..., que... Dije al sr. Lafite que de ninguna manera podía yo escribir todas esas miserias a su sobrino, que parecería que yo quería retenerle y como coaccionarle haciéndole ver las dificultades que le esperaban, que sus padres le escribirían lo que juzgasen lo mejor. El sr. Bourdel debe de haberle escrito y enviado su consentimiento por el correo del día 7 de este mes. Se me hizo prometer que escribiría también para comprometer a emplear el medio que yo indicaba para eximirle del servicio militar. Yo lo habría hecho ya, pero esperaba una carta del sr. Saumade que usted me anunciaba y que no he recibido. Vea con el P. Lalanne, según las disposiciones actuales de Saumade y según la actitud del joven claramente explicada en esta historia, todo lo que se puede hacer por él; puede usted incluso leerle esta carta. Siento mucho que hayan decaído los sentimientos que él me ha expresado a menudo y que no haya seguido las recomendaciones que le hice tan paternalmente.

Tenía la intención de responder a los otros puntos de su carta, pero lo haré pronto; esta debe salir en este correo.

Si sigue usted el mismo camino con el sr. Pézant, no conseguirá nada y perderá un tiempo precioso. Hay que admitir al sr. Pézant como auxiliar, sea en la escuela de St Remy, sea en la de Courtefontaine; me parece que yo se lo dije claramente al P. Lalanne.

Por lo demás, mi respuesta le quitará la pena que le ha causado un punto de la carta que he escrito al P. Chevaux. Le abrazo con todo cariño.



**612. Agen, 30 de diciembre de 1831**  
**Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Le debo, mi querido hijo, una respuesta al fondo de su última carta.

No le he respondido más que a un punto, el relativo al sr. Saumade. Usted ha debido de recibir esta carta después y en una carta del sr. Jacquot he recibido una breve del sr. Saumade. Mi respuesta va en un sobre con esta; tenga la bondad de entregársela y ciérrela si lo juzga oportuno.

Yo conocía una gran parte de los fallos de la administración de los hermanos Rothéa, pero no los conocía con tanto detalle. Por lo demás, no dejé de escribirles a uno y otro a menudo bien sobre los hechos bien sobre la manera como se han producido, ni de darles las orientaciones necesarias para enmendarse; pero no espero curar todo el mal, porque está inoculado en su carácter, en su temperamento: tendrían necesidad de una virtud trascendente. La aparición de usted podría sin duda hacerles algún bien: pero ese bien sería solo efímero; el mal reaparecería más o menos al día siguiente.

Si el P. Chevaux, mi querido hijo, me hubiera expuesto uno de los casos cuya solución me somete tal como usted me lo presenta, mi respuesta hubiese sido diferente<sup>27</sup>. Como no he guardado copia de mis decisiones, que el P. Chevaux tenga la bondad de anular provisionalmente todo lo que se encuentre contrario a lo que voy a decir:

«El señor Clouzet tendrá libertad para tomar obreros de fuera en las épocas de más trabajo y para el tiempo que le sean necesarios, con tal de que coman en un refectorio separado, donde se haría una lectura durante la comida, bajo la presidencia de un religioso obrero, y que un religioso se encargue también de hacerles la oración de la tarde y de la mañana con una pequeña lectura, pudiendo durar todo de siete a ocho minutos. Si un obrero no se comporta según el reglamento que se le ha dado, el sr. Clouzet puede despedirlo al instante».

Este punto cae completamente fuera de la administración interior de la casa y de todas las personas que la componen: por tanto, no disminuye en nada la autoridad del Superior. Puede decir al P. Chevaux que me agrada mucho la idea que él me expresa en su carta de no crear nada que se esté obligado a suprimir a continuación. Por consiguiente, me gustaría mucho que los casos que él prevé que le pueden causar inquietud a usted sean hablados entre los dos: le agradeceré mucho que me saque una copia de las decisiones ya tomadas, para hacer de todo una síntesis que haré pasar a los dos. Esta ulterior concreción escrita le es necesaria a usted para tranquilidad de su espíritu y también para que él no tenga ninguna duda en la dirección de su conciencia.

Le escribo esta carta, mi querido hijo la antevíspera del primero de año; y como aguinaldo le ofrezco mi augurio de que, en este nuevo año, el hombre interior pueda renovarse en usted y tomar suficientes fuerzas para combatir siempre en usted al hombre viejo, tenerlo continuamente sometido y llegar incluso a crucificarlo; en una palabra, que pueda llegar a ser un hombre de fe. Voy a reiterar a menudo mi oración al Señor, para que él le otorgue este insigne favor.

Ya me enteré de que el sr. Centrain escribió a Saint-Remy algunos problemas que experimentaba en la Magdalena: pero al mismo tiempo me escribieron que había reflexionado. Hace este año su curso de retórica con el sr. Huguenin; no son muy fuertes ni uno ni otro, porque se han visto presionados y porque no tienen disposiciones extraordinarias. El sr. Huguenin tiene un excelente carácter y es realmente virtuoso; juntarse con el sr. Centrain le será muy provechoso; sin embargo, por mi correspondencia con el sr. Centrain, espero ver encauzados los últimos sentimientos de su corazón. En cuanto a la música, habíamos pensado en interrumpirla, para que se dedique más intensamente a sus estudios y subirle a una clase proporcionada a su edad y a su talla... El sr. Chopard ha hecho bastante bien sus dos años de filosofía en el Seminario mayor de Burdeos, a pesar de la debilidad de su salud. Hace su primer año de teología; el Seminario mayor tiene en general buenos profesores. Vea con el P. Lalanne si convendría que interrumpiese realmente su curso de teología; que fortaleciese su salud con algunas medidas que se acostumbra tomar. El joven, muy dócil, no se resistirá a nada, pero sentirá sin duda una gran pena interior si se separa del P. Caillet, en quien tiene una confianza total; y recíprocamente, el P. Caillet tiene una confianza muy grande en él. De esta confianza mutua resulta un gran bien, tanto para el sr. Chopard como para la muy pequeña comunidad de la Magdalena.

No añadiré más que una última reflexión, y es que si ponemos a trabajar siempre a nuestros sujetos a medio formar, acabaremos por perecer.

Edel debe estar en este momento en Saint-Remy; así que ya nada que decir sobre él.

Le estrecho cariñosamente, mi querido hijo, entre mis brazos y le doy mi bendición paternal con toda la efusión de mi corazón.

---

<sup>27</sup> Véase carta 609.



**613. Agen, 10 de enero de 1832**  
**Al P. Lalanne, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Usted me pide, mi querido hijo, resolver cuestiones muy delicadas.

1º ¿Debe ir usted a París a seguir con su petición, retenida, sin que usted lo supiera, por el sr. Rector de la Academia de Besanzón? [*Complicaciones por todos lados*]<sup>28</sup>. Me gustaría creer que, si va, conseguirá todo lo que quiere; pero, por una parte, sus éxitos podrían no tener gran consistencia, y por otra parte, debe usted tener en cuenta que estamos metidos en pleno invierno, pero que por eso mismo avanzamos hacia la primavera. Le confieso que veo tanta confusión que no puedo decidirme por ninguna solución. Si usted sigue, no censuraré sus pasos. Mi inclinación sería a que permaneciese tranquilo, manteniendo buena relación con el sr. Rector.

2º Pienso que no hay gran cosa que hacer tampoco para la Escuela normal de Saint-Remy, según lo que usted me dice de los proyectos del señor Rector: es lo que deduzco de la singular carta que Su Excelencia el Ministro de Instrucción pública acaba de escribir al sr. Galliot. En tiempos de inundación, el único consejo a dar a los que están expuestos a ella, es el de subir siempre un poco más arriba.

3º Una carta del sr. Fridblatt se adjuntaba a la de usted: voy a responderle, pero muy brevemente. ¿No cree usted que este joven tiene un mal genio que su amor propio hace todavía más fastidioso? Si usted cree poder elevarlo hasta el sacerdocio y que permanezca unido a la Compañía, nos debemos preparar a tener mucha paciencia.

4º El sr. Jacquot me escribió hace poco una buena carta para pedirme su admisión a las órdenes sagradas. Usted señala en su carta Pascua para el subdiaconado. No veo más dificultad que el hecho de que usted lo compare con el sr. Fridblatt: esta comparación me crea dificultad a la hora de responderle; pero se la enviaré a usted para tomar una decisión ulterior.

Que nuestro *statu quo*, mi querido hijo, no le inquiete de ningún modo. Si permanecemos indestructiblemente unidos en Nuestro Señor y en su augusta Madre, seremos muy fuertes. Nuestra desgracia, o más bien nuestra pobreza de sujetos, viene, yo creo, del pequeño número de nuestros sujetos que tienen realmente el espíritu del cristianismo, o, lo que es lo mismo, el espíritu de Jesucristo. Nuestra fuerza real reside en las disposiciones interiores. No digo, con ello, que no haga falta un cordón defensivo reglamentario y puntos orgánicos sabiamente establecidos: pero esos puntos orgánicos, aunque fuesen como torres que parecerían inexpugnables, no serían nada si el interior de la plaza no va bien...

Empleemos, mi querido hijo, los días en que nos inquietan menos, en llenarnos del espíritu de Jesucristo y en formar algunos sujetos que estén dispuestos a ello, a vivir de la fe.

Agradezco mucho, mi querido hijo, las felicitaciones que, por medio de usted, me envían todos nuestros hijos de Saint-Remy con motivo del año nuevo. Usted las acompaña con las suyas, lo que me hace apreciarlas todavía más. Le ruego que sea el intérprete ante todos de mis sentimientos paternos. Querría expresar más fuertemente los que caracterizan los adquiridos con usted desde hace tantos años.




---

<sup>28</sup> *Ambages ubique.*

**S. 613 bis. Burdeos, 22 de enero de 1832**  
**Al señor Coustou**

(Copia – AGMAR)

Recibí el 19, mi querido hijo, sus misivas del día 13 de este mes. Estaba muy ocupado y pedí al sr. Troffer, que acababa de llegar a Burdeos, que le escribiese para tranquilizarle. Me dice usted que el sr. Perriès se encuentra bajo el peso de la ley por la llamada a filas. ¿Cómo es posible que el sr. Perriès me haya escrito, hace un mes, que todavía quedaba mucho tiempo para ser llamado a filas? ¿Cómo se entiende que, si entonces estaba equivocado sobre su edad, no me haya dicho nada en su última carta en que me hablaba de su enfermedad y de su cambio? ¿Cómo se entiende que, sin ponerme al tanto de nada y después de haberme pedido tan insistentemente un reemplazante y habiéndolo encontrado y otorgado, estando el sr. Perriès enfermo del pecho hasta el punto que los médicos le prohibían poner el pie en clase, usted quiera que se le nombre para las funciones de profesor municipal? Seguramente, si sale en el sorteo de este año, tendría tiempo para conseguir una declaración de una enfermedad del pecho o que tenga relación con ella y, a causa de su enfermedad, podría conseguir, aunque se le haga salir de Colmar, certificados de médicos, del mismo alcalde que es médico, de su incapacidad para el servicio militar.

Pero finalmente, mi querido hijo, vengamos al decreto del comité y a la carta del sr. alcalde. El decreto dice: «Considerando 1º que el Superior de la Compañía de María, desconociendo la ley y los reglamentos que rigen la instrucción primaria, ha quitado de la escuela municipal al sr. Bertin, profesor nombrado e instituido regularmente, sin haber obtenido ni siquiera pedido su *exeat*; 2º que el mismo Superior ha puesto como sucesor del sr. Bertin a uno llamado Perriès, que le está reemplazando en sus funciones desde hace nueve meses sin que se haya solicitado su nombramiento por las autoridades establecidas según ordena la ley del 28 de junio de 1836<sup>29</sup>; como consecuencia de este abuso de autoridad, etc.».

El Superior respondería que él no cree haber abusado de su autoridad porque tiene derecho a hacer cambios de sujetos en los establecimientos todas las veces que cree tener una razón grave para realizarlos; que además en ningún caso pretende que los sujetos que él envía desobedezcan a las leyes que rigen la enseñanza primaria. Los sujetos que son reemplazados por autoridad no necesitan pedir el *exeat* puesto que por el mismo hecho abandonan su puesto. Basta que el reemplazante tenga las cualidades suficientes para cumplir todas las funciones del puesto abandonado.

Toda la falta que podría existir en este asunto, es que el jefe del establecimiento no haya presentado a las autoridades al reemplazante; y el superior tenía motivos para creer que así se hizo.

El decreto dice que todos los individuos que hubieran reemplazado a uno u otro de los susodichos maestros tendrían que cesar de sus funciones en un plazo de tres semanas a partir de la notificación del presente decreto.

El Superior responde que los tres sujetos afectados se presentarían en el plazo prescrito y que, si era posible, retomarían su puesto, y los que no pudieran hacerlo presentarían su dimisión. El Superior ignora si dos de los tres se encontrarían comprometidos con las administraciones de la misma manera que lo están en Colmar. El sr. alcalde de Colmar, encargado de la ejecución del decreto del comité, podrá juzgar del respeto que tiene el Superior de la Compañía de María por las autoridades de los lugares en que se encuentra alguno de sus establecimientos. En el caso de que alguno de los tres profesores nombrados no pueda ocupar su puesto se somete a que su reemplazante no tenga provisionalmente ninguna colocación (entiende, por esta expresión, un sueldo).

---

<sup>29</sup> Error evidente: la carta es de 1832.

En cuanto a la cuestión de saber si el Superior de la Compañía de María ha abusado de su autoridad en estos casos citados, corresponderá a Su Excelencia el Ministro de instrucción pública pronunciarse.

He aquí, mi querido hijo, mi respuesta al decreto del comité y a la carta del sr. alcalde. Puede usted copiarla y comunicársela. Me parece que no digo nada en esta respuesta que no pudiese decir usted puesto que conoce la ley. ¿Le he dicho yo nunca que no presente a los reemplazantes? Usted ha podido decirme que su manera de proceder era más sencilla y le dispensaba de procedimientos complicados e inútiles; yo he podido no responderle nada por la confianza que tenía en que no haría usted nunca nada que pudiese comprometerle a usted y, con mayor razón, comprometerme a mí.

Me entero por primera vez que dos firmas han sido falsificadas, una por usted y la otra por el novicio Rohner: desde luego que yo no habría aprobado esta falsificación.

Yo hacía reemplazar al sr. Perriès enfermo por el sr. Lambert. Este deberá ser enviado a Marast si el sr. Bertin no es admitido por la Academia y el comité, lo cual no se me ha dicho pero tengo motivos para creer. Lo mismo hay que pensar del sr. Keller que está ahora en Sainte-Marie-aux-Mines. En el caso de que pueda ser sacado del puesto que ocupa, podrá volver a tomar su puesto en Colmar y entonces usted hará que le reemplace debidamente uno de sus sujetos. En cuanto al sr. Charpin, que está actualmente en Kaysersberg, no creo que haya ninguna dificultad para que vaya a Colmar: haga que le reemplace el sr. Morgenthaler.

Creo, mi querido hijo, que he respondido suficientemente a todo. Le animo a entrar dentro de sí mismo a pesar de todos los asuntos y las condiciones en que tiene que desenvolverse. La salvación ante todo; siempre la santificación de nuestras almas en medio de las turbaciones y agitaciones de este mundo. Reciba...



**614. Agen, 8 de febrero de 1832**  
**Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Una indisposición, bastante grave y bastante larga, me ha obligado a suspender mi correspondencia<sup>30</sup>: retorno a ella hoy, y responderé a sus dos cartas del 24 de diciembre y 11 de enero. Lo haré lo más brevemente posible, porque mi retraso es considerable.

Agradezco mucho, mi querido hijo, los buenos deseos que muestra para mí en este nuevo año. Ya sabe que es usted uno de mis hijos mayores: nada podrá hacerle perder su sitio en mi corazón.

Creo que respecto al sr. Perrin todo ha sido correctamente gestionado para la obtención de su dispensa del servicio militar.

Usted me dice, mi querido hijo, que ha abierto una cuenta al internado de Saint-Remy y otra a las fincas de Saint-Remy y de Marast en las que anotará lo relativo a cada una de ellas. Está bien, mi querido hijo, puesto que no lo había hecho; pero, respecto al pasado año, se puede hacer una cuenta semejante por extracto; ya sabe que esto es lo expresamente acordado. Así yo sabría al menos con qué puedo contar; sería difícil decirle todas las pérdidas que tenemos y hasta dónde llegan nuestras necesidades. En particular, a finales de este mes habrá una orden de pago de mil francos y tenga la seguridad que no dejará de ser presentada y

---

<sup>30</sup> Bastante habitualmente en esta época el P. Chaminade sufría un fuerte catarro, que a menudo le obligaba incluso a guardar cama: los documentos lo señalan en los años 1809, 1812, 1821, 1823, 1826, 1830, 1840, 1844, 1846...

de ser protestada si no es pagada; haga lo imposible, por así decirlo, para enviarme esa cantidad con el tiempo suficiente para enviarla a Burdeos.

Antes de seguir recorriendo su carta y de responder a ella, le diré que acabo de recibir una del sr. Gobillot, que viene de Marast, donde ha puesto en orden definitivamente todos sus asuntos temporales. Como consecuencia de la liquidación, él debe 250 francos, y 30 francos de intereses. Él desearía que el sr. Bousquet<sup>31</sup>, le adelantase esa suma. Le respondo por este correo que más vale que se dirija a usted: que además usted podría cuidar mejor o hacer cuidar el cultivo y explotación de sus pequeñas propiedades: por lo que he entendido, está muy cerca de la finca de Marast. – Parecería que el sr. Gobillot desea conservar sus pequeñas propiedades. Pero esta conservación se opone directamente al voto de pobreza que él ha hecho. Por el voto de pobreza se ha despojado de todo. ¿Cómo puede querer volver a vestirse? ¡Sería burlarse de Dios! Vea usted con él: es posible que no haya reparado en ello, sino que solo se haya fijado en los acontecimientos que pudieran sobrevenir. Yo le hubiera hablado de ello en la carta que le he escrito: pero la carta estaba ya escrita cuando he podido hacer estas reflexiones.

El P. Lalanne no me ha hablado nunca del bosque o del parque, y menos todavía de los proyectos que podía tener. Todos los exteriores del palacio son agradables y extensos para los recreos, tanto de alumnos como de profesores: por eso, es lamentable que haya hecho destruir y cortar los árboles frutales del prado que usted había plantado con tanto cuidado: se hubiese podido hacer fácilmente otra cosa que cumpliera el objetivo que se había propuesto. No importa, hay que tener paciencia, como en muchas otras cosas. Hay que procurar no roturar las alamedas de las que se han abatido los árboles: quizá puedan rebrotar.

Lo mismo digo respecto a la piscina: o sea, hay que tener paciencia con lo que ya está hecho y detener todos los trabajos. Las piedras sacadas de la cantera, es preciso reunir las, y hacerlas colocar de manera que se les preserve de la intemperie de las estaciones. Una piscina no puede ser de ningún modo conveniente para el establecimiento de Saint-Remy, desde varios puntos de vista; y podría ser nociva, sobre todo alejada de la vivienda. Recuerdo bien que, en un prospecto que el P. Lalanne hizo publicar hace dos años a mis espaldas, prometía enseñar el arte de la natación a sus alumnos. No insistí mucho en este punto, a pesar del desagrado que sentía, porque yo no me imaginaba que se haría, sin hablarme de ello, por las dificultades que había que vencer y por los gastos necesarios para realizarlo. Si alguien se le quejase de no mantener la promesa hecha en el prospecto, podría responder que se ha comenzado la obra, pero que los gastos que conllevaba la realización de esta piscina no le han permitido continuarla<sup>32</sup>.

Pida al P. Lalanne de mi parte que no insista en estos trabajos ni en los lugares de recreo que quisiera hacer en el parque: este parque debe mantenerse como bosque y no como lugar de diversión como lo era en otro tiempo.

Los sinsabores, mi querido hijo, que usted experimenta le harían dirigir sus miradas hacia otra situación, la que le recuerda las obras del sr. de Rainneville<sup>33</sup>... Pero, mi querido hijo, tenga en cuenta: 1º que desde esta Revolución, e incluso desde antes, no he oído hablar de él; 2º que he nombrado al P. Lalanne Superior de la obra de Saint-Remy precisamente porque usted estaba ahí, y porque usted se encargaba de las funciones de las que se encarga. Con esta idea tuvimos varias conversaciones juntos y dije al P. Lalanne que se pusiese de acuerdo con usted, y a usted que hablase con él: y ahora ve usted la razón que yo tenía obrando así. Con

---

<sup>31</sup> Su Director.

<sup>32</sup> En una carta del 8 de marzo siguiente, el P. Chaminade escribía al sr. Clouzet: «Puesto que los trabajos de la piscina están tan avanzados, y usted tiene un acuerdo con el albañil, hay que dejar acabar la construcción». La piscina en cuestión estaba en medio de un bosque, actualmente desaparecido, detrás del palacio (Véase *Cartas I*, p. 556).

<sup>33</sup> Véase carta n. 481, en *Cartas II*.



esa misma idea hace dos años, y después de nuestra famosa Revolución, le tracé y le detallé los deberes del Oficio que le era confiado, lo cual he continuado haciendo, a pesar de las continuas cartas del P. Lalanne durante casi todo el año pasado. Pero nunca me dijo que, a pesar de mis recomendaciones, tan pronto actuaba en un sentido como en el contrario, de donde resulta para usted el penoso deber de oponerse a toda degradación y, en una palabra, a todo gasto que no sea rigurosamente necesario. [Para] los gastos dudosos, se me debe prevenir; en cuanto a los que sean urgentes y no haya tiempo de escribirme, siga adelante, al menos en lo que es de urgencia; 3º No debe usted olvidar que estamos en tiempo de Revolución y que, desde el comienzo, he tomado el propósito o resolución de hacer los menos cambios posibles: es lo que me hace tragar a veces píldoras muy amargas. Por todas estas razones, mi querido hijo, y algunas otras inútiles de detallar, usted debe ver que el orden de la Providencia quiere que usted siga en Saint-Remy, por muy penosa o desagradable que pueda ser su situación: hágalo en su provecho delante de Dios; las virtudes cristianas crecen muy bien en medio de las espinas.

El P. Chevaux debe informarme sobre su deseo de que nuestros hermanos vayan a la Misa los domingos y fiestas a la pequeña capilla y darme los motivos de ello o seguir el plan propuesto por el P. Lalanne, o presentar directamente al P. Lalanne sus propuestas.

En la primera carta que tenga ocasión de escribir al P. Lalanne, procuraré acordarme de hablarle del título a darle a usted en el establecimiento.

En la última carta que me escribió el P. Lalanne, me decía que tomaba y había tomado siempre el máximo interés posible por la Escuela normal, pero que encuentra dificultades invencibles. En el mismo Rectorado, el Departamento del Jura ha pagado al menos lo que era debido: en cuanto al futuro, es diferente. Pero ¿qué quiere usted que yo responda? No conozco siempre la situación completa de cada cosa; no puedo casi hablar más que de generalidades... Me aplico a mí lo que tan a menudo digo a los demás: no hay que cansarse de tener paciencia.

Tomo la carta de usted del 11 de enero. Ha estado usted bien respecto al sr. Saumade. He recibido la carta de él. Mi respuesta va adjunta a esta. Está él muy equivocado cuando cree que sus derechos ascenderán a la suma de nueve a diez mil francos. Su tío me ha hecho el cálculo, pero volveremos sobre ello si persevera y una vez que se haya reformado.

Supongo que, al no recibir respuesta, habrá usted salido para Estrasburgo para comprar instrumentos de viento como el corno, el fagot, etc. Hará usted bien en no comprar más que los que son necesarios ahora; y, poniéndose en contacto con el fabricante, podrá hacer llegar los que vayan siendo necesarios. Sería imprudente tener una reserva de ellos: no se debe proporcionar a los alumnos sin tener antes el consentimiento de sus padres y sin que estos sepan el precio.

El sr. Chopard ha tenido últimamente algunos esputos de sangre. ¿Cómo creer que este joven haría mejor sus cursos de teología en Saint-Remy que en el Seminario mayor de Burdeos?<sup>34</sup> Centrain, que está a mitad de año, siguiendo otro plan y otros métodos, haría mejor su curso de retórica en la Magdalena que en el internado Sainte-Marie donde estará con el sr. Huguenin, siguiendo la opinión del P. Collineau, desde el comienzo del año. El sr. Centrain no puede ser útil en Saint-Remy. Creo que el sr. Chopard podría ser de alguna utilidad; pero entonces, teniendo en cuenta su débil salud, ¿qué curso de teología haría? ¿Hay en Saint-Remy verdaderos cursos de teología? Si tenemos tan pocos sacerdotes ¿por qué detener a los que van por buen camino? Es de suponer que conservará los buenos principios y las prácticas del estado religioso. – Usted dice que habría una descarga de gastos de cocina. – Eso es evidente: pero ¿no sería una carga para Saint-Remy? Si estamos animados del mismo espíritu, lo que se ahorra en una casa ¿no debe ayudar a otras casas que tienen necesidad? Además,

---

<sup>34</sup> El P. Lalanne hubiera querido atraer a Saint-Remy a los jóvenes que se formaban entonces en Burdeos, los srs. Chopard, Centrain, Huguenin, etc. Véase la carta 612.

¿por qué reducir a un número tan pequeño los alumnos de la Magdalena? ¿No habría peligro de desánimo? ¿[No sería] perjudicar la regularidad, la edificación e incluso la emulación?

Veo que también tiene dificultades respecto a Marast. Me parece que ha tomado usted el camino correcto para asegurar su pago.

Le agradezco los detalles que me da sobre su gira por Besanzón, Courtefontaine y Acey. No puedo estar demasiado informado de los que pasa en nuestras casas.

Reciba aquí, mi querido hijo, la seguridad de mi sincero y paternal afecto.